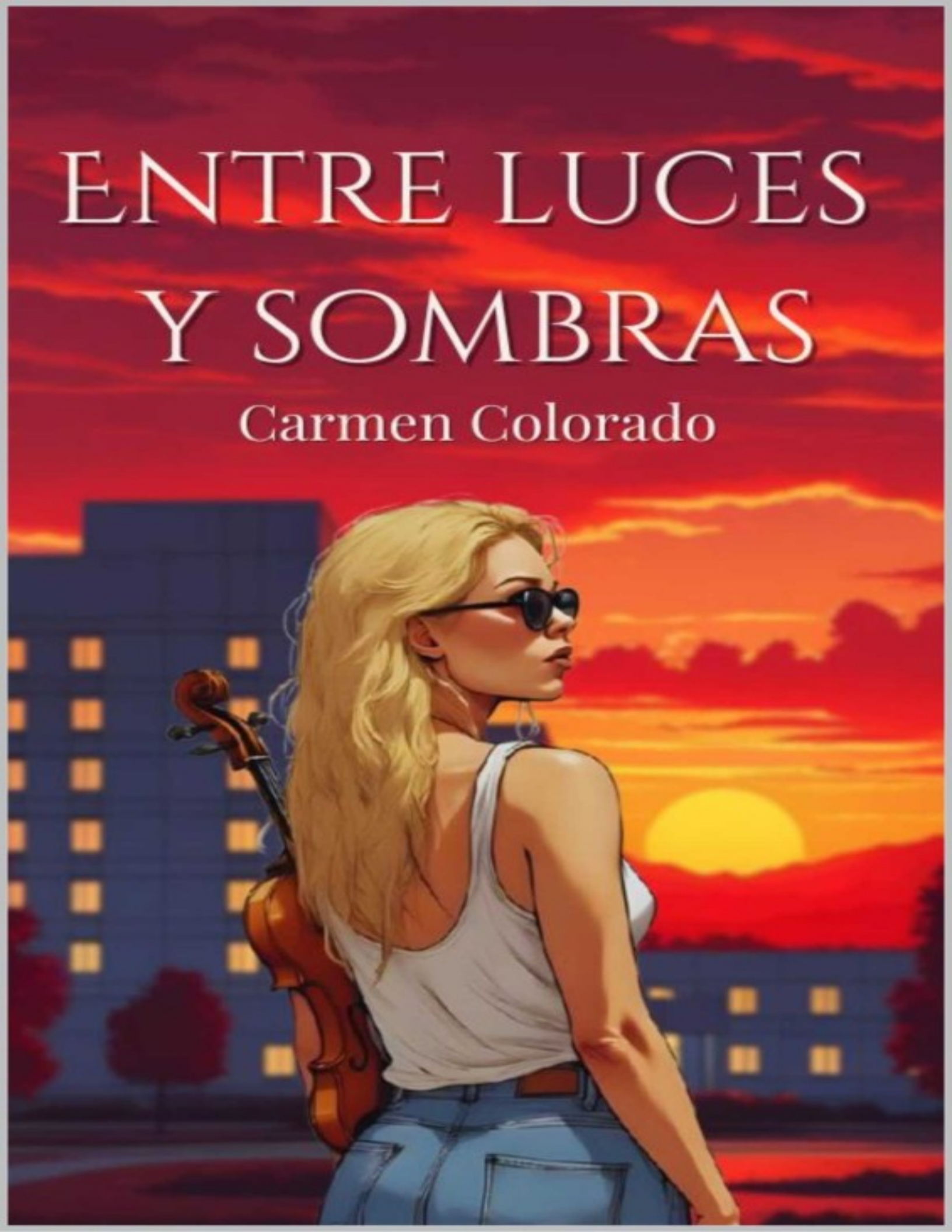
ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Carmen Colorado



Entre luces y sombras

Carmen Colorado Ferreira

Entre luces y sombras

Carmen Colorado Ferreira

Copyright © 2026 por Carmen Colorado

Todos los Derechos Reservados. Registrado el 14/12/2025 con el número 2512144016277.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos. Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia. La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

Mónica

Me estoy quedando ciega. Sí, una auténtica putada, de las gordas.

Llego al hospital a la hora acordada, unos quince minutos antes de mi hora. Me toca revisión y desde hace unos años siempre llego con antelación, por si acaso. Poco a poco, me acostumbro a esta nueva vida con la que llevo conviviendo poco tiempo. Lo sé desde que tengo uso de razón, pero cuando se ha hecho realidad, todo ha cambiado. Cada vez, mi visión es menor, así que lo intento llevar lo mejor posible.

Ya conozco el camino hasta la consulta, así que lo hago sin problemas. Al llegar, me cruzo con dos mujeres adultas que salen de la misma. Son mayores, tendrán unos 65 años. Se parecen bastante, así que intuyo que son hermanas.

—Buenas tardes —saludo antes de sentarme, estaban ojeando los papeles que tienen en las manos y se han quedado mirando.

—Buenas tardes —responden al unísono.

Llevo las gafas de sol puestas y voy acompañada de mi bastón verde, un buen amigo que empieza a acompañarme cada vez más de seguido. Empieza a ser una prolongación de mis extremidades.

—¿Qué edad tienes, hija? —pregunta una de ellas.

—Treinta y ocho, ¿por qué?

—Eres muy joven para tener problemas de visión —sigue la otra, haciéndome sonreír.

—Los tengo desde que soy pequeña, genética —explico, mirándolas directamente—, y, a medida que mi edad avanza, se está agravando.

—¿Nos ves?

—¿Alguna vez han mirado a través de un agujerito pequeño? —asienten rápidamente— Así las veo yo.

Se quedan sorprendidas. No solo por la explicación y comprendiendo la gravedad de la situación, sino por la naturalidad con la que hablo. La respuesta a la última pregunta las deja satisfechas y no vuelven a decir nada. Simplemente, lamentan mi suerte con un gesto y abandonan la sala de espera.

Minutos después, la enfermera sale de consulta, me mira y sonríe. No es la primera vez que coincidimos, ni será la última, dentro y fuera del hospital. Soledad es de esas mujeres que conoces y que inmediatamente es tu amiga. Y, en situaciones como esta, se agradece.

—Mónica, qué gusto verte. ¡Hace mucho que no coincidimos aquí! —dice antes de abrazarme—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Hasta arriba de trabajo, pero se agradece —dice sonriendo.

—Eres la última paciente hoy —asiento, comprendiendo —, el Doctor Calvo ya no está. Tendrás una nueva médica, lleva un par de meses con nosotros. La Doctora Vasco.

—Estupendo.

—Pasa, por favor.

La sigo en cuanto me lo pide. Al entrar, diviso a la doctora frente al ordenador, tecleando con rapidez. Tengo poca visión, pero aprecio a una mujer joven, de piel clara. Su pelo es largo y moreno. Lo cierto es que es muy guapa.

—La señorita Molina —anuncia Soledad.

—Ahora mismo estoy con ella —dice seria, sin girar la vista de la pantalla. Su porte recto provoca que sienta mucho respeto, incluso enderezo mi espalda en la silla sin saber por qué.

—¿Cómo llevas el día a día? En tu última revisión no llevabas el bastón, no nos hemos visto desde entonces —sonrío al escuchar a la enfermera, me gusta lo simpática que es.

—He tenido mucho trabajo, apenas he salido. Y sí, en estos meses me acompaña un poco más, sobre todo en los días de sol y en los días muy nublados. Los extremos me dificultan mucho las cosas. Pero poco a poco me habitúo, me facilita las cosas.

—¿Tus familiares…? —sabe mi historia y no duda en preguntar.

—No, ellos no vienen a visitarme. Ya sabes que me consideran un estorbo y una carga, no los culpo —digo, encogiéndome de hombros.

—Sabes que no lo eres. De hecho, eres muy valiente afrontando esto tú sola.

—Hago lo que puedo —sigo, agradecida, sé que lo dice de buena intención.

En ese instante, mira a la Doctora, que nos observa tranquila. Su mirada es de apuro, así que me apresuro y hablo antes de que pueda regañarla.

—Lo siento mucho —me disculpo—, Soledad y yo nos conocemos de antiguas revisiones, lamento si nuestra conversación le ha molestado.

Agacho la cabeza inquieta, el Doctor Calvo no aguantaba este tipo de interacciones entre nosotras e intuía que a ella tampoco. Sin embargo, mi expresión cambia al escucharla:

—No se preocupe, pueden hablar lo que deseen —Soledad ríe al verme.

—No pasa nada, Mónica, la Doctora Vasco es más comprensiva que su predecesor.

—No era muy conversador según me han dicho —suelta con media sonrisa, ese gesto más serio ha desaparecido.

—No, ni un poquito —añado con gracia, haciéndolas reír.

La doctora se incorpora en su asiento y mira de nuevo el ordenador. Lee algo atentamente antes de volver a hablar.

—Veo en tu historial que te diagnosticaron Glaucoma de Ángulo abierto hace dos años, y que has tenido problemas de visión desde muy joven.

—Así es…

—Tienes un tratamiento con gotas que te ayuda a bajar la presión de los ojos, ¿cierto?

—Sí, me las pongo un par de veces al día.

—Bien… Sole, vamos a dilatarle las pupilas para revisarla.

La mujer más mayor me echa las gotas y, mientras hacen su efecto, es la doctora quién pregunta.

—¿De verdad no tiene a nadie que la ayude? —cuestiona con cierto recelo.

—No tengo familia paterna, y la materna pasó por lo mismo con mi madre antes de fallecer. Lo pasamos tan mal que, al enterarse de que todo se repetiría conmigo, se quedaron a un lado. No los culpo, fue muy difícil vivirlo con mi madre. Yo, de algún modo, he aprendido de ella y el camino es un poco más fácil.

—Sole tiene razón, es admirable por su parte —sonrío, agradecida—. ¿Y tu marido o tu novio?

Esta pregunta me sorprende y me hace reír al mismo tiempo.

—No estoy casada, y tampoco tengo novio. No es lo que yo busco, o al menos buscaba.

—La señorita Molina prefiere también a las chicas —apunta Soledad mirándonos.

—¡Nos has sacado a ambas del armario en un segundo, Sole! —añade la Doctora con gracia, mientras sus mejillas se sonrojan. Todas reímos.

—Estamos en confianza —suelta, con un guiño cómplice.

La morena y yo nos observamos por unos segundos, los suficientes para que a ambas nos dé vergüenza la situación. Por suerte, ella sigue con su trabajo.

—Bueno, voy a mirarte. Colócate en posición.

Como de costumbre, me siento frente al aparato y apoyo la barbilla en el hueco. Pasa varios minutos revisándome. Es tal el silencio que puedo escuchar las respiraciones de ambas. Siento que tengo frente a mí a una profesional muy cualificada, tanto que no deja un rincón de mi ojo sin revisar.

—Se mantiene como en la última revisión. Avanza con lentitud.

—Sí, eso dijo el doctor. Aunque él no dejaba de insistir en que me quedaría ciega muy pronto. Como animador era estupendo —digo con sarcasmo, haciéndolas sonreír.

—Queda mucho para eso —me asegura—, si sigues cuidándote como hasta ahora, ese tiempo se alargará. ¿Tu madre se quedó completamente ciega?

—Sí.

—Me temo que eso también te llegará, si bien, dentro de mucho.

—Lo sé, es algo que tengo muy presente.

—Te irá bien —suelta antes de levantarse. Yo la sigo, volviendo al escritorio—. Sigue con el tratamiento de las gotas, una buena alimentación y ejercicio. Protégete del sol. Te cuidas bastante bien, y debo darte la enhorabuena por ello, no muchos pacientes siguen las pautas.

—Gracias, intento hacerlo lo mejor posible.

—¿La última revisión fue hace cuatro meses?

—Sí.

—Te apuntaré para dentro de otros cuatro. Prefiero verte cada poco tiempo y comprobar los avances.

—Perfecto —respondo contenta. Estoy agradeciendo a dios por el cambio de doctor. Al menos ella se preocupa de verdad por mi bienestar.

Nada más terminar, me despido, le doy las gracias y salgo de la consulta con mi bastón en una mano y un pañuelo en otra. Camino tranquilamente hacia la salida y emprendo mi camino a casa. Andar estos veinte minutos me da confianza, además de que me ayuda a aprenderme estos recorridos para el futuro.

Estar perdiendo la visión es horrible, así que iba a disfrutar de estos instantes y paseos hasta el final, de eso estaba segura.

Capítulo 2

Carolina

Preocupación. Un sentimiento que en estos casos no debería estar sintiendo pero que es así. Escuchar la conversación entre mi compañera y mi paciente me puso los pelos de punta. Esa mujer no tiene a nadie y, aun así, sigue adelante con una sonrisa. Me quedo muy pensativa tras su marcha. Es tan evidente mi silencio que Sole me cuestiona:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí…

—Parece que este caso te ha conmovido —sonrío de medio lado.

—Digamos que sí. Que esté pasando sola por todo esto… —susurro mientras me levanto y me quito la bata— debe ser muy duro. Parece una buena mujer.

—Es un cielo. La conozco desde que empezó a tratarse y la diagnosticaron. Nos hemos visto algunas veces fuera de este hospital también —aclara, aunque me lo imaginaba—. Ha sufrido, pero ha sabido reponerse y alcanzar cada pequeña meta que se ha propuesto.

—Me alegra escuchar eso —admito.

Termino de guardar unos informes, ordeno el despacho y salimos al fin. Ambas lo hacemos al mismo tiempo.

—Ah, por cierto —añade, llamando mi atención, buscando algo en su bolso—, tengo algo para ti.

Estamos saliendo por la puerta del hospital cuando saca un sobre blanco. Mi cara es de sorpresa al verlo.

—¿Qué es?

—Me comentaste que te gustaba mucho la música clásica. Mañana hay un concierto en el auditorio municipal y se me ocurrió guardarte una entrada.

—Vaya… Gracias, Sole —agradezco abrazándola—, es demasiado.
—Nah, es un simple detalle mujer. Sé que aún sigues acomodándote y te vendrá bien despejarte este fin de semana con la mudanza —sonrío, tiene toda la razón. No quiero pasarme lo dos días de descanso entre cajas.
—Gracias, de verdad.
—Iré con Darío, nos veremos allí.
Asiento y me despido de ella. Vuelvo a casa un poquito más feliz sabiendo que podré disfrutar de este concierto. La música clásica me ha apasionado desde niña. Mi propio padre ha sido un gran aficionado al violín. Lo tocó hasta su último día de vida. Ahora, lo escucho a través de mi memoria y mis recuerdos.
Siempre que puedo, me escapo a algún concierto. Y, si no tengo tiempo debido al trabajo, dedico alguna hora al día para escuchar, ya sea en casa o repasando casos en el hospital. Es increíble, pero, me ayuda a concentrarme. Uno de los autores que más ha llamado la atención ha sido Vivaldi, hay algo en él y en sus canciones que me llevan a mi infancia, a esos momentos de paz con mi padre, instantes en el que disfrutábamos de su talento.

***

Paso la tarde del viernes abriendo y colocando las últimas cajas de la mudanza, llenando la nevera y dando un nuevo paseo por el barrio. Llevo aquí varias semanas y entre el trabajo y el cansancio que supone, no he podido conocerlo demasiado. Alguna que otra tarde, Sole ha pasado para echarme una mano y acompañarme en mis paseos, aunque la mayor parte de las veces prefiero hacerlo sola, para poner orden a mis pensamientos.
El sábado casi sigo el mismo plan. Termino la limpieza del día anterior y dejo todo prácticamente preparado antes de acicalarme para el concierto. Elijo un pantalón blanco y un blazer azul marino, una camisa blanca y unos zapatos negros. No quiero ir muy arreglada y tampoco demasiado informal, así que opto por un término medio.

Llego al auditorio media hora antes del comienzo y me encuentro con una gran cantidad de personas esperando.
—¡Joder! Ni que fueran las rebajas de enero —pienso para mí.
Por suerte, al mirar hacia delante, veo una mano que se mueve arriba y abajo con rapidez. Sonrío al verla y me atrevo a sobrepasar a todas las personas hasta llegar a ella. Sole y Darío deben llevar aquí algunos minutos.
—¡Hola! Perdonad el retraso —suelto al llegar a ellos.
—¿Cómo estás, Carolina? Es un placer verte de nuevo —dice él, cogiendo mi mano en un apretón. Es un hombre alto, educado, con una gran melena blanca y buen porte. Todo un señor.
—Muy bien, Darío, gracias por preocuparte. Y, el placer es mío, como siempre —sigo, haciéndole sonreír.
—Mi mujer me comentó tu afición por la música clásica, más específicamente por el violín —efectúo una mirada cómplice hacia Sole, parece que le ha hablado mucho de mí—, creo que el concierto de hoy te gustará.
—Sí, lo mismo he pensado yo —le sigue ella, con una sonrisa. Una sonrisa algo diferente. ¿Quizás me oculta algo?
La espera es corta, a los diez minutos, abren las compuertas y uno a uno vamos entrando en el auditorio. Otros veinte minutos más tarde, la música envuelve cada rincón de estas cuatro paredes hasta que, a las dos horas, finaliza. Dos horas que han parecido minutos. Dos horas que repetiría cada día sin dudar. Un concierto totalmente exquisito.
Cada canción y cada melodía me deja con un gran sabor de boca. Sin embargo, cuando todos pensábamos que acabaría, y tras varios momentos de aplausos, el Director se dirige a nosotros:
—Ha sido muy emocionante estar hoy aquí frente a todos ustedes y, por ese mismo motivo, queremos regalarles una última pieza. Una que todos aquí conocen. No obstante, esta será tocada única y exclusivamente por uno de nuestros músicos, más específicamente, una de nuestras violinistas. El resto la acompañarán en los últimos —explica, haciéndonos

aplaudir al instante—. Gracias de nuevo por vuestra presencia, ha sido un placer. ¡Hasta pronto!
Al segundo, la violinista en cuestión se levanta y se coloca justo a su lado. Nada más fijar mi vista en ella, la reconozco:
—No puede ser —susurro.
—¿Sorprendida? —habla Soledad a mi lado.
—¡Tú lo sabías! —añado lo más bajo posible.
—No es la primera vez que la veo tocar. Sabía que te gustaría.
No pudimos hablar mucho más. Las luces se apagaron y solo ella se distinguía entre el resto. Se quedó de pie, con la mirada puesta en las primeras filas del público. Vestía un pantalón vaquero ceñido a sus piernas, una camisa blanca con el cuello vuelto y una chaqueta negra, además de unos tacones negros que la ayudaban a realzar su figura. *Joder, está preciosa.*
Todo se queda en silencio hasta que el director le da paso. La pieza en cuestión, una de mis favoritas. *Summer. Op.8 N.2 G Minor.* Mis ojos se abren tras cada nota, cada una más impresionante que la anterior. La soltura con la que se desliza en el escenario, la manera que tiene de desenvolverse… es envidiable. Sus gafas, como en la mañana, ocultan su mirada, pero a medida que avanza, su sonrisa ilumina su rostro. Definitivamente, la sonrisa más bonita que he visto nunca. A partir de este momento y, hasta el final, no pude mirar a nadie más que no fuese ella.
El público aplaudió con efusividad al concluir, y todos nos encaminamos a la salida cuando el telón se cerró. Sole se agarró de mi brazo mientras pasábamos al lado de varios grupos de personas que se amontonaba a nuestro lado.
—¿Qué te ha parecido? —pregunta con una sonrisa.
—Fascinante.
Es la única palabra que encontraba para poder describir ese momento.

Capítulo 3

Mónica

Soy de las últimas en salir tras cada concierto. ¿Por qué? Porque muy pocos saben de mi discapacidad fuera del grupo. En más de una ocasión, la felicidad que irradian las personas antes de acercarse para saludar se esfuma al ver mi verdadero yo. Lo entiendo, y por eso, desde hace poco, evito estos intercambios. Me duele más a mí que a ellos ese rechazo, pero eso no lo saben.

Todos mis compañeros me abrazan, sonrientes, alegres, orgullosos. Saben el tremendo esfuerzo que hay detrás de canciones como la de hoy. Ya no puedo tocar tanto como antes, pero, cuando los acompaño, sus sonrisas lo iluminan todo. Tengo muchísima suerte con ellos.

Como de costumbre, me quedo junto a Mateo, uno de los violonchelistas y mi mejor amigo.

—Llegué a pensar que no tocarías hoy —dice mientras salimos.

—Tengo mis dudas, Mat. Cada vez distingo menos. Estando ahí arriba casi no veo las cuerdas, es complicado.

—Lo sé. Pero tienes la fuerza y la constancia para trabajar y saberte de memoria las piezas. Hoy lo has demostrado. Todo el público estaba fascinado por tu intervención final, ha sido apoteósico —añade agarrando con fuerza mi mano—. Has hecho un gran esfuerzo, ver el proceso hace que lo entienda aún más. Y no puedes negar que no merece la pena —lo miro y sonrío, tiene razón.

—Sí, sí que lo merece.

Salgo de su brazo. Una vez que oscurece y, cuando voy en su compañía, jamás utilizo el bastón. Reímos por sus bromas, río por sus ánimos y las gracias que hace para hacerme sentir mejor, hasta que una voz familiar me detiene:

—Ha sido majestuoso —freno y me giro. La calle está bastante oscura y, aunque distingo cuerpos, me es difícil enfocar la cara.
—Perdone —mi amigo, al ver mi confusión y esfuerzo, habla por mí— ¿Quién es usted?
—Vasco, Carolina Vasco. Su doctora.
—Joder —pienso para mí.
Mat le tiende la mano y se saludan. Yo, en cambio, me pongo muy nerviosa por no poder reconocerla.
—Lo siento mucho, doctora. En este momento del día me es muy complicado distinguir caras.
—No te preocupes —dice con suavidad, acariciando mi brazo—, es completamente normal.
—Mónica, debo irme, mi mujer y mis hijos me esperan —mira hacia el lado, nos han visto salir juntos— ¿Quieres quedarte o te llevamos a casa?
—Ve tranquilo, volveré caminando.
—¿Segura?
—Sí, segurísima —busco su rostro con mis manos y le acaricio la mejilla, ese simple gesto lo deja más calmado.
Se preocupa mucho por mí, cosa que le agradezco cada día desde que lo conozco. No obstante, en ocasiones, es excesivo. Poco a poco, vamos poniendo límites para que no se exceda y para que yo no pierda independencia.
Tras despedirnos, se marcha corriendo hasta alcanzar a su familia, o eso creo, como ya es costumbre. Miro en dirección a la mujer que tengo al lado y estiro el bastón hasta que da en el suelo, ahora sí necesito su apoyo.
—Has estado en el concierto —aseguro, mirándola.
—Sí, le hablé a Soledad de mi amor por la música clásica y tanto ella como su marido me invitaron a venir.
—¿Dónde están? —pregunto, extrañándome que no se hayan parado a saludar.
—Se marcharon hace un momento, al parecer tenían planes.
—Son muy buenos amigos, no se pierden un concierto.
—No me extraña, ha sido increíble —sonrío y hago un gesto con la cabeza para que comience a andar—. Lo que no me esperaba

era ver a mi mejor paciente encima del escenario y más, tocando con tal virtuosismo el violín —río por sus palabras.
—Exageras…
—Ni una pizca —no puedo evitar sonrojarme.
—¿En serio? ¿Tu mejor paciente?
—La más obediente, sin duda —carcajeamos juntas.
—Me halagas.
El bastón me avisa de un pequeño obstáculo. Al desviarme un poco, choco levemente con ella. Todavía me cuesta andar con tal oscuridad.
—Perdona —siento cómo me sujeta con firmeza para que no pierda el equilibrio.
—No pasa nada —oigo su voz a mi espalda—, por las noches es complicado, ¿verdad?
—Sí, no distingo nada y aún no estoy acostumbrada —admito. Me frena durante un segundo y coge la mano en la que llevo el bastón. Nota mis nervios al segundo.
—Guárdalo, yo te acompaño y te guío.
—Gracias —susurro. Lo recojo y ella entrelaza nuestros brazos. El camino hasta casa me lo sé de memoria, así que voy dándole instrucciones—. En momentos como este experimento la ceguera total —sigo algo más bajo—. Me gusta vivirlo.
—Es como un entreno para el futuro, ¿me equivoco?
—Ni un poco.
—Paso a paso, Mónica —asiento, sin decir nada—. Por cierto, sé que lo has oído cuando me he presentado a tu amigo, pero me llamo Carolina. No he tenido ocasión de presentarme a ti antes —sonrío, noto en su voz un poco de vergüenza.
—Carolina Vasco —digo, recordando su apellido. Me paro y le tiendo la mano, para hacerlo oficial—. Mónica Molina. Sé que lo sabes, pero ya que estamos haciendo las presentaciones formales…
Reímos durante el saludo y volvemos a caminar.
—Entonces, ¿te ha gustado el concierto?
—Muchísimo. Soy una gran aficionada a la música clásica. Mi padre tocaba el violín también.

—¿De verdad? —cuestiono impresionada por la casualidad.
—Sí, intentó enseñarme, pero fue imposible. Ese talento se lleva dentro y yo no tengo ni unas gotitas —bromea—. Tú, en cambio, sí que lo tienes, eres prodigiosa.
—No es para tanto, Carolina, vas a hacer que me sonroje al final —suelto, sintiendo como se me pone roja hasta la punta de la nariz.
—Es la verdad —habla contenta—, lo que has hecho encima de ese escenario es magnífico, deberías estar orgullosa.
—Solo intento disfrutarlo al máximo —me encojo de hombros.
—¿Crees que algún día lo dejarás? —joder, es como si me leyera la mente.
—Apenas puedo ver las cuerdas. No sé cómo lo haré cuando no sea posible.
—Que pierdas la visión no significa que pierdas tu habilidad, Mónica —escuchar mi nombre de su voz me pone nerviosa—, eres una gran músico. Quizás debas ensayar y trabajar más en ello, pero seguirás siendo igual de buena. Además, tengo la sensación de que tocar es una gran terapia para ti —la miro y sonrío, ha acertado de lleno.
El resto del camino, hasta llegar a la puerta de mi portal, es en silencio. Un silencio muy cómodo.
—¿Puedo pedirte algo? —cuestiona antes de separarse brevemente.
—Claro.
—¿Es posible asistir a alguno de tus ensayos? Si no es problema.
—No, no lo es, mujer. Puedes venir cuando quieras.
—Bien… —susurra contenta, le ha hecho ilusión, mucha.
—Toco todos los días. El horario depende del trabajo. Con que me avises será más que suficiente. Ya sabes dónde vivo, además. Primer piso a la derecha —aclaro.
—Te dejo descansar, te lo mereces después de lo que has hecho hoy —habla, acercándose de nuevo y sorprendiéndome con un abrazo que no tardo en corresponder. Su olor, frutal, me inunda por completo antes de separarse.

No la conozco demasiado, pero por lo poco que había visto de ella, no imaginé que fuese tan cercana y cariñosa. La mujer que tengo delante dista mucho de la doctora que conocí en la consulta, cosa que, supongo, es completamente normal. Se marcha nada más despedirse, fundiéndose su figura con la oscuridad que nos rodea. ¿Terminaremos siendo amigas?

Capítulo 4

Carolina

No puedo quitarme a Mónica de la cabeza. Algo dentro de mí me impulsa a saber más de ella. Verla subida encima de ese escenario fue realmente maravilloso. Como doctora, me sentí orgullosa, ya que, con su discapacidad y todo lo que conlleva, subirse ahí supone un gran esfuerzo por su parte. Por otro lado, como conocida o amiga —no sé qué somos—, estoy muy feliz.

El domingo estuve tentada a llamarla. Por primera vez en toda mi carrera, he mirado el historial de un paciente para conseguir su número. Me daba mucha vergüenza pedírselo a Soledad, aunque hubiese sido lo más correcto. Prefería ahorrarme cualquier comentario al respecto. Solo me pondría más nerviosa. Sin embargo, aun teniéndolo, no lo he hecho. Aproveché el día para salir y conocer mejor la zona, recuperando energía para afrontar la semana.

El lunes llegó rápidamente. Tenía la mañana llena de pacientes, sin embargo, estaba acompañada por otra enfermera, una que apenas me sostenía la mirada. ¿Por qué todas marcan distancias conmigo? ¿Habré dicho o hecho algo que no les ha gustado?

Al final de la mañana, mientras termino uno de los informes, Soledad entra sin llamar. Me extraña su presencia y el hecho de no pedir permiso para pasar, como hace habitualmente. No obstante, la sangre de su uniforme me hace saber que es urgente.

—¿Ocurre algo? —me levanto de inmediato.

—Estaba a punto de irme cuando dieron aviso. Es Mónica, ha tenido un pequeño accidente en casa —mi gesto se tensa.

—¿Esa sangre es suya? —cuestiono rápidamente.

—Sí, ya está bien. Está ingresada, pensé que querrías saberlo.

Su mirada me dice algo más que no consigo descifrar. Sin pensarlo demasiado, dejo lo que estoy haciendo y la acompaño.
—¿Qué le ha pasado?
—Al parecer, salía de casa para comprar. Ha dado un traspiés y no le ha dado tiempo a sujetarse a nada. Se ha caído por las escaleras. Por suerte, un vecino entraba cuando todo ocurrió y llamó a emergencias.
Me lleva con ella sin ni siquiera pedírselo. Subimos a la segunda planta y caminamos hasta el fondo del pasillo. Al entrar, una de las enfermeras termina de colocarle el cabestrillo en su brazo derecho. También tiene una venda en la frente y uno de los tobillos vendados.
—Esto ya está listo —dice la enfermera—. Ya sabes que estarás unos días por aquí para controlar la herida de la frente y el tobillo —Mónica asiente—, el doctor pasará a verte más tarde.
—Vale, gracias.
No tardo en acercarme a ella y ayudarla a acomodarse en la cama. Al terminar, me siento a su lado e inevitablemente, acaricio su mejilla. Sé que le sorprende mi gesto, pero lo acepta enseguida.
—¿Te encuentras bien?
—Sí, tranquila. He calculado mal las distancias. No es la primera ni será la última vez —responde calmada.
—El conductor de la ambulancia dijo que te recolocaste el hombro tu misma —suelta Soledad.
—¡¿Cómo?! —cuestiono escandalizada.
—Sí, he aprendido a hacerlo. Me he resbalado varias veces y estoy acostumbrada a hacerlo —suspiro al escucharla, esta mujer es un portento mires por donde lo mires.
—Debes tener cuidado con eso —le advierto.
—Descuida, sé lo que hago —me asegura, agarrando mi brazo para tranquilizarme.
—¿Te has hecho algo más, aparte de lo evidente?
—Esguince leve de tobillo, una pequeña brecha en la frente y magulladuras por todo el cuerpo. Tengo mucho dolor, pero dicen que es lo normal —asiento—.

—Nos has dado un buen susto —suelta Soledad, es justo lo que pensaba.
—Lo siento mucho…
—¿Puedo llamar a alguien que te acompañe?
—No. Solo he hablado con Mat, vendrán esta tarde.
El móvil de Sole suena en ese instante. Por lo poco que dice, ha quedado a comer con Darío y debido a la urgencia, la cual le comenta, llega tarde. Por suerte lo comprende, aunque enseguida se marcha, asegurándose antes de que Mónica se queda en buen estado.
—Vete tranquila, yo me quedo con ella —cuando nos quedamos a solas, la rubia vuelve a hablar.
—No hace falta que te quedes —susurra—, no quiero ser una molestia.
—No lo eres.
—Pero estarás agotada después de toda la mañana trabajando —empiezo a comprender que le da apuro.
—¿Te molesta que me quede? —pregunto directa.
—No —agacha la mirada—, en realidad es todo lo contrario.
—Entonces deja de insistir, no me iré —sigo con una sonrisa, esta vez, ella también sonríe— Pasarás unos días sin poder salir…
—Sí, así será imposible —suspira, agotada.
—No hace falta que te diga que puedes contar conmigo para todo lo que necesites, ¿verdad?
—Te lo agradezco —dice, por primera vez, mirándome a los ojos.
No le aparto la mirada, es la única ocasión en la que nos hemos mirado sin esas gafas de sol. Aunque, al darse cuenta, se las coloca con rapidez, haciéndome sonreír.
A los pocos minutos, llega su comida. No dudo en ayudarla y en bajar a cafetería para poder comer algo rápido cuando ella termina. Lo cierto es que, para ser un hospital, la comida está bastante rica, aunque el café deja mucho que desear. Al volver, oigo la voz de Mónica, está con otra de las enfermeras, Sonia creo que se llama.

—La doctora Vasco está soltera, o eso creemos. Lo cierto es que no habla mucho de su vida privada. Pero tiene a muchas chicas loquitas por aquí. Con una simple mirada las derrite.
—Ahora entiendo los cuchicheos constantes —suelto, haciendo acto de presencia. La chica se queda blanca y Mónica, por el contrario, se aguanta la risa.
—Me… Mejor me voy.
—Sí, pero antes, vas a hacerme un favor —le corto el paso, quedándome muy cerca de ella. Podría decir que la estoy intimidando, ya que no es capaz de mirarme a los ojos. Asiente rápidamente, está deseando salir de aquí—. Ya que todas quieren saber de mi vida sentimental, déjales claro que estoy soltera, pero que no me interesan. Y que, por favor, dejen de hablar de mí, a poder ser. No me gusta ser tema de conversación.
—Como mande —suelta antes de desaparecer.
Literalmente corre para abandonar la habitación. Miro a Mónica cuando empieza a reírse.
—Madre mía, te temen —dice, sin parar de reír. Me encojo de hombros, excepto por momentos así, no sé qué más les he podido hacer para que se comporten de este modo—. Aunque la culpa es mía, yo he preguntado.
—¿Y por qué no me has preguntado a mí directamente?
—No lo sé… supongo que por vergüenza

—Bueno… —añado acercándome lentamente mientras cruzo mis brazos por encima de mi pecho—, ahora ya lo sabes. ¿Por qué querías saberlo?

—Vas a quedarte aquí conmigo —responde sin poder mirarme fijamente—, no quería que tuvieses problemas en caso de tener pareja.

Río. Me mira intrigada. Me quito la bata y la dejo en el sillón antes de acercarme con determinación a ella. Me agacho para quedar lo suficientemente cerca y tener la oportunidad de enfocar su mirada con la mía. Está tensa, lo sé, pero me encanta. Se pone nerviosa ante mi falta de palabras, yo

también, por el simple hecho de tenerla cerca. No sé cómo aguanto el tipo, pero lo consigo.

—Deja de buscar excusas para que te deje sola. No voy a hacerlo.

Mi voz sale más grave de lo que pretendo, el tono incluso es más sensual de lo que habría imaginado. Pero es perfecto. Es tal y como quería decírselo, aunque no sé si llega a ser adecuado todavía. Ya tendré tiempo de descubrirlo.

Capítulo 5

Mónica

Tengo a Carolina a poco más de cinco centímetros. Lo suficiente para ponerme nerviosa por la pillada con la enfermera. Que se haya acercado a mí de esta manera ha sido contraproducente en ese sentido. Aunque, por primera vez, puedo verla con claridad. Intuía a una mujer preciosa, pero es mucho más que eso. Sus ojos negros se quedarán en mi memoria para siempre.
Los míos, en cambio, se fijan en sus labios por un segundo. Su leve sonrisa, al darse cuenta, provoca que yo aparte mi cara. Sonrío, inevitablemente, cuando ocurre. No obstante, termina sentada en el hueco que mis pies dejan en la cama.
—¿Qué quieres preguntarme? —suelta, de repente.
—¿Cómo sabes que quiero preguntarte algo? —mis mejillas se ponen más rojas que un tomate.
—Eres más expresiva de lo que crees… Venga, lánzala.
—No nos conocemos mucho, pero no puedo evitar cuestionar cómo siendo una mujer tan trabajadora, educada, simpática y decidida, no tienes pareja.
—Vaya… —separo nuestras miradas por unos segundos—. ¿Así me ves?
—Ver, veo poco —bromeo, haciéndola reír—. Pero sí.
—Bien, pues… Para serte completamente sincera, tuve pareja hasta hace un par de años aproximadamente.
—¿Puedo preguntar?
—Después de ocho años de relación y de estar comprometidas, me engañó —añade con desdén, encogiéndose de hombros—. Salió de fiesta con su mejor amiga, como era costumbre, y esa noche no pude ir con ellas por trabajo. Al volver a casa las encontré en mi cama. Llevaban unos meses liadas.

—Joder, lo siento mucho —busco su mano y la agarro, en señal de apoyo.
—No pasa nada —susurra, acariciando mis dedos—. ¿Y tú?
—¿Yo?
—Sí, ¿por qué estás soltera? —río a carcajadas al escucharla—, ¿qué te hace tanta gracia?
Al mirarla comprendo que la pregunta va totalmente en serio, por lo que mi gesto se vuelve a endurecer.
—¿De verdad no lo sabes?
—Eh… no —responde tras un par de segundos mirándome—. Eres una mujer bonita, con talento, valiente y generosa. Así que no, no lo entiendo.
No hablo, no puedo. Por primera vez alguien mira más allá de mi minusvalía. Y que sea ella, precisamente, me pone aún más nerviosa. Sentía cómo se preocupaba por mí, cómo se interesaba por mi vida. Sin embargo, desde hace dos años, me siento un estorbo, una carga para otras personas. Así me lo han hecho sentir todas aquellas que han pasado por mi lado en este tiempo. Y ella no se merece esto.
—Mónica… —vuelvo tras perderme unos segundos en mis pensamientos. La miro al sentir sus dedos acariciando mi piel de nuevo.
—Dices que no sabes por qué no tengo pareja…
—Así es.
—Solo tienes que mirarme, Carolina. En cuanto la gente se entera de esto —me quito las gafas, dejando ver mi realidad—, se va…
—¿Qué? —su gesto es de incomprensión, de tristeza.
Suspiro antes de hablar.
—Siempre me ha costado mucho empezar una relación, darme a una persona —explico—. Necesito tener suficiente confianza para abrirme. Soy más tímida de lo que pueda parecer. Si a esto le sumas mi futura ceguera y todo lo que supone…
—¿Te rechazan por…?
—Sí —la interrumpo, sin dejar de terminar la pregunta—. La última vez, hace más de un año.

—No te merecían —niego, con media sonrisa.
—A partir de ese momento decidí no buscar más. En ese instante, supe que pasaría el resto de mi vida sola. Y no quiero sufrir más de lo que ya lo hago.
—¿No crees en el amor?
—Creo en el amor, pero también creo que no es para mí.
Me mira con los ojos abiertos, sorprendida. Un halo de tristeza atraviesa su mirada. No está de acuerdo.
—No estoy de acuerdo —sonrío, por la evidencia—. ¿Y si llega alguien que de verdad quiera estar contigo?
—Eso sería extraño, incluso raro para mí. Pero si eso llega a suceder, haré lo posible para convencerla de que merece algo mejor que esto —me señalo al mismo tiempo que me coloco las gafas de nuevo.
—Pero eso no es justo para ti, Mónica. Te mereces ser feliz, tener a una mujer a tu lado que te ame y te cuide como mereces —niego sin parar—. ¿Qué pasaría si te dijera que me gustas y que me encantaría seguir conociéndote más allá de este hospital?
—Mandaría llamar al médico para que te revise —bromeo, intentando aliviar la tensión que sus palabras han creado.
—Mónica…
—Carolina —me duele, pero vuelvo a cortarla—. Tú me miras con buenos ojos, demasiado bien, quizás. Y si eso fuese verdad, mereces algo mucho mejor.
—¿En qué te basas para decir eso?
—¿No es evidente? —digo, señalándola—. Eres la persona más bondadosa y espectacular que he conocido en mi vida. Das todo por los demás. Incluso estás aquí cuidándome cuando no deberías… Está claro que mereces a una persona que te devuelva todo eso, que te cuide, te quiera, te ame más que a nada, que te acompañe a perseguir tus sueños.
—¿Y tú no me darías eso? Porque yo lo tengo bastante claro.
—Quizás la Mónica de hace unos años te daría eso y mucho más —reconozco—. Pero la Mónica que conoces ahora casi no

puede valerse por sí misma, tiene mucho por lo que trabajar y no podría darte nada bueno.
—No eres justa contigo misma.
—Ya nada es justo para mí —agacho la cabeza, triste, realmente es lo que pienso—. Mi vida ha cambiado y sé que este es mi futuro. Quiero sufrirlo yo sola, no me lo perdonaría si llego a darle este dolor a otra persona.
—Estás muy equivocada —sus palabras llevan enfado, lo sé—. Y te voy a hacer ver la realidad, voy a enseñarte que todo eso que piensas no es más que el reflejo que otras personas te han hecho. Personas que no te merecían. Me encargaré de que sientas y recibas todo lo que tú misma das a diario.
—Eso va a ser imposible.
—¿Te apuestas algo? —cuestiona, con media sonrisa—. Te lo voy a decir una única vez, para que te entre en esa cabecita.
Se incorpora y se sienta justo a mi lado, mucho más cerca. Coge mis manos y deja un dulce beso en una de ellas. Hace que me estremezca, para qué negarlo, pero sigo pensando que merece algo mejor.
—Está claro que me gustas y que yo te gusto —sus palabras consiguen ponerme nerviosa—, y no voy a dejar que este sentimiento se esfume, tenlo claro. No somos unas niñas ni voy a dejar que te comportes como una. Voy a demostrarte que, una persona que realmente te quiere, te ayuda en tu proceso, te acompaña y te valora por encima de lo demás. Y, sobre todo, se preocupa por ti. Tengas minusvalía o no.
Sé que habla en serio, sé que dice la verdad. Pero también sé que mi cabeza y todo mi pasado es muy traicionero y que, debido a ello, he creado una armadura a mi alrededor que es difícil de destruir. Aunque debo admitir que sus palabras han provocado que algunos tornillos y piezas pierdan fuerza. No bromea, le gusto y ella me gusta.
Veo poco, lo suficiente para ver el enfado y la desilusión en sus ojos, aunque también la fuerza y la pasión que le pone a todo.
—¿Estás enfadada?

—No —miente, es evidente. Se limpia un rastro de lágrimas en su mejilla. Levanto la mano y llevo mis dedos por el mismo recorrido.
—Mientes muy mal —susurro, con una sonrisa, algo más cerca de ella. Sonríe, poco, pero lo hace. Se apoya brevemente en mi mano—. No llores por mí, todos tenemos un camino en la vida, y este es el mío.
—Ese camino, en compañía, es mucho más gratificante —añade, acercándose.
—Quizás no el mío —digo sincera y muy tranquila mientras la miro a los ojos.
Ya me había rendido, hace mucho tiempo. Y lo supo en ese momento. La decisión de hacer mi vida en soledad está más que tomada, y nada ni nadie podrá cambiar eso. Al menos hasta ahora nadie lo ha conseguido.

Capítulo 6

Carolina

Esta última conversación con Mónica me deja bastante preocupada. ¿Cómo puede pensar así? Y lo peor es, ¿cuánto le habrán hecho sufrir para que diga esas cosas de sí misma? Ha tenido que ser horrible. Y, lo peor de todo, es que camufla todo ese mal, siempre porta una sonrisa y un bienestar envidiable. Pero ambas sabemos que esa careta no va a durar para siempre, se lo he dejado bien claro.

Me ausento del hospital durante la visita de su amigo Mateo, parece incluso que no le pilla por sorpresa encontrarme allí. Tras saludarlo, me marcho y vuelvo a casa para darme una ducha, cambiarme de ropa, comer algo rápido y volver. Además de coger una muda para el día siguiente. En el camino de vuelta, recibo una llamada de Sole:

—Hola, Sole, ¿todo bien? Si quieres saber de Mónica, no estoy con ella ahora mismo, aunque voy de camino.

—Sí, lo sé Carolina, acabo de hablar con ella, por eso mismo te llamo.

—¿Ocurre algo? —pregunto preocupada.

—Por la confianza que nos une, voy a decírtelo directamente. Te gusta Mónica, ¿verdad? —suspiro nada más escucharla—. Eso es un sí.

—Eso es un "creo que me vuelve loca desde que entró en esa consulta", porque según paso tiempo con ella y charlamos, me gusta más. Y no entiendo como en unas pocas horas, me ha pasado esto.

—Eso es lo que yo llamo: amor a primera vista. Y, si me permites decir algo… creo que es recíproco.

—Sé que le gusto, pero por la última conversación que hemos tenido juntas, no me lo va a poner fácil. Está cerrada en banda.

—De eso no tengas dudas.
Durante los siguientes minutos me explica que, en alguna charla de amigas, el tema de tener pareja ha salido a relucir en varias ocasiones y su opinión es la misma. No está abierta a ello, simplemente piensa que no merece ser amada. Al menos, es lo que le han hecho creer hasta ahora. Ha sido tal el daño, poniendo de excusa su ceguera, que se lo cree de verdad.
—¿Cómo le hago ver que eso no es cierto?
—Ya lo estás haciendo. Te has preocupado por ella, por cómo está, por cómo se siente. Desde que empezó a quedarse ciega nadie lo había hecho. Sabe que eres diferente y le va a costar resistirse.
—No será fácil —digo, soltando todo el aire que llevo en los pulmones.
—Nada en la vida es fácil, Carol.
Cuelgo unos segundos antes de entrar en el hospital. En la misma puerta, Mateo y su mujer, me paran. Se acercan rápidamente en cuanto me ven. Hablan conmigo de Mónica y, al igual que Sole, me dan ánimos para seguir junto a ella. Admiten que, en cuanto he salido por la puerta, les ha contado todo lo ocurrido minutos atrás, cosa que no me disgusta y que, aunque tiene esa coraza, está empezando a sentir cosas que hacía demasiado tiempo no experimentaba.
—Habla mucho de ti, de una manera especial —me asegura—. Si de verdad sientes lo mismo, no te rindas.
Cuando me dejan a solas, sonrío y al mismo tiempo le doy vueltas a todo. ¿Cómo ha podido pasar esto en cuestión de unos días? Hace una semana no la conocía y ahora solo pienso en saber más de ella y en querer estar el máximo tiempo posible en su compañía. Es una auténtica locura.
Subo a la habitación rápidamente. Las palabras de Sole y Mateo revolotean en mi cabeza. No pienso dar ningún paso en falso, cueste lo que me cueste le demostraré que yo sí quiero conocerla de verdad.

Al entrar, me doy cuenta de que está en el baño, la puerta está entreabierta y se la oye hablar con alguna de las

enfermeras.
—¡Hola! Ya estoy de vuelta —saludo sin pasar, dándoles espacio —. ¿Necesitáis ayuda?
—Tranquila, ya estamos —responde la enfermera abriendo, a los pocos segundos, sale ella. Su melena rubia está mojada y ha cambiado la bata del hospital por un pijama. Lleva el brazo cogido sin el cabestrillo y le ha dado una muleta para que pueda moverse por sí misma o, al menos, con poca ayuda. Algo me dice que esto ha sido petición suya—. Le seco el pelo y las dejo a solas.
—No te preocupes, Cristina, yo me encargo.
La muchacha, sorprendida por mi ofrecimiento y por saberme su nombre, asiente y se marcha de inmediato. Sin decirle nada, Mónica se sienta en la cama. Sin perder unos segundos, cojo el cepillo, la toalla y un secador y me acerco a ella, cara a cara, para secarle el pelo. Todo pasa en absoluto silencio. Solamente el ruido del secador adorna el momento. Siento cómo se relaja cuando mis dedos masajean su cabeza, incluso puedo ver una pequeña sonrisa.
Su melena rubia queda perfecta pocos minutos después. Con un simple gesto, noto que todo el pelo en la cara le molesta, así que le quito la goma que lleva en la muñeca y le hago una trenza.
—Gracias… —dice cuando estoy terminando.
—No es nada.
—¿De verdad piensas quedarte? —mira hacia atrás, por encima de su hombro.

Le sonrío, coloco una de mis manos en su hombro bueno y me acerco todo lo posible, para hablarle en un susurro.

—Por supuesto. Tú en mi lugar, ¿no harías lo mismo? — asiente levemente y con gran seguridad.

No sé qué decir. No quiero hablar y perder este pequeño avance que, aparentemente hemos conseguido. Opto por uno de los temas que más le gustan.

—¿Cómo empezaste a tocar el violín? —cuestiono mientras le coloco el cabestrillo y se acomoda en la cama.

—Llamó mi atención cuando era muy pequeñita. Poco a poco, me involucré con la banda de música del barrio y cuando quise darme cuenta, tocaba en un grupo. El violín me hace volar y olvidar todo lo que me atormenta. Como tú bien dijiste, es una terapia, la mejor de todas.

Me habla de sus inicios, de cómo la música en cualquiera de sus sentidos, se ha convertido en esa cura que día a día necesita. Comentamos un poco de todo y de nada, temas superficiales que nos dejan ahondar un poco más en nosotras. También le hablo de mi padre, inevitablemente. La hora pasa rápidamente sin que nos demos cuenta, hasta que me mira por un segundo y se queda en silencio. Me observa a través de sus gafas, las mismas que se quita antes de hablar. Veo cómo intenta forzar la mirada para verme, así que la ayudo acercándome más a ella.

—¿Por qué te has fijado en mí? —pregunta entonces.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —rebato con una sonrisa—. Todo lo que he dicho antes, es cierto. Es la mujer que tengo delante, y me parece increíblemente preciosa. No te estoy mintiendo —le aseguro, cogiendo su mano.

—No saldrá bien…

—Eso no lo sabemos. Es muy pronto aún. Nos estamos conociendo. Queda mucho por delante. Y no… —añado cogiendo su mentón para que me mire fijamente—, no me pienso ir.

Sonríe, empieza a comprender lo cabezota que soy y que voy a hacer lo que haga falta por convencerla. No solo no me iba a ir de su lado durante su estancia en el hospital, tampoco lo haría al salir de aquí. Yo lo tenía claro, y ella, al fin, empezaba a comprender que hablaba en serio. Quizás la visita de Mateo y la charla con Sole hayan abierto las puertas un poco.

No rechista, no se niega, no dice nada. Y para mí, en este momento, es más que suficiente.

Capítulo 7

Mónica

No es la primera vez que Carolina me dice que no se va a ir. Sus palabras se enquistan en mi memoria. Sé que no me va a dejar sola y eso me encanta y me preocupa al mismo tiempo. Tengo sentimientos encontrados. La conversación con mi amigo y con Sole hizo que me diera cuenta de la suerte que empiezo a tener cuando está a mi lado. He estado tan cabezota que no he visto a la gran mujer que tengo delante.

Nos pasamos el resto de la tarde noche hablando, conociéndonos más en profundidad. Son algo más de las nueve y media cuando Cristina vuelve con la cena y la medicación. Lo cierto es que el brazo es lo que más me duele, y me vendrá bien para descansar. Nada más limpiar la bandeja, tomo las pastillas y me recuesto en el colchón.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Carolina, colocando las sábanas.

—Sí, así estoy mucho más cómoda, poco a poco el dolor disminuye.

Se levanta de la cama para arrastrar el sillón hasta colocarlo a mi lado. Se sienta casi en el borde y apoya sus brazos en el hueco del colchón, cogiendo mi mano y acariciando mi brazo. La verdad es que sus mimos hacen que me relaje mucho más. Además, tenerla cerca me ayuda a verla con más claridad. Sus ojos son grandes y negros, su mirada es muy penetrante. Un verdadero peligro ya que no soy capaz de dejar de observarla. Ese momento se alarga durante un buen rato, hasta que solté lo que estaba pensando:

—Tienes unos ojos preciosos —digo en un susurro, me siento cansada, está claro que la medicación está haciendo efecto.

Su sonrisa perfecta se ilumina al escucharme. Extiende su brazo hasta llegar a mi mejilla para acariciarla. Me dejo apoyar sobre la misma, devolviéndole ese cariño que me da.
—Yo también me pasaría horas y horas mirándote —añade de vuelta—. No sé qué te ha llevado a pensar que no mereces amor, pero no es real.
La miro atenta, sin perderme una palabra.
—Sé y entiendo todo lo que has estado sufriendo durante los últimos meses y años, y que quizás no ayude. Sin embargo, todos tenemos derecho a ser amados, tú también. Te has metido en mi cabeza en apenas unos días y no estoy dispuesta a perderte, ¿me oyes? —las lágrimas se acumulan en mis ojos, alguna se escapa sin poder evitarlo—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para devolverte esa ilusión que has perdido, te lo prometo.
¿Y si realmente ella es la clave para poder recuperar esa ilusión? ¿Y si la vida me la ha puesto en mi camino con el único objetivo de volver a amar y ser feliz junto a ella?
—Tienes miedo, ¿verdad? —cuestiona limpiando mis lágrimas. Asiento, incapaz de hablar—. Pasará, te lo prometo. Solo quiero que me des la oportunidad de demostrarte que esto no es algo pasajero para mí, que es real.
—¿Y si no funciona?
—Al menos no nos quedaremos con la incógnita de qué habría pasado —susurra con media sonrisa—. No estoy aquí para hacerte daño, sé que lo sabes —asiento de nuevo, consciente de ello.
—Soy un poco difícil —suelto, haciéndola reír.
—Eso no hace falta que lo jures, Moni —sonrío—. ¿Puedo llamarte Moni, o es demasiado pronto?
—No, está bien así, me gusta —admito.
Su mirada y la mía no dejan de encontrarse al paso de los minutos. Mis ojos comienzan a cerrarse por causa del relajante, además de sus caricias. Carolina me transmite una paz y una tranquilidad que hacía mucho no sentía.

Oigo cómo se levanta y se acerca más a mí. Abro levemente los ojos al sentirla cerca, al oler su perfume de vainilla y teniendo sus dedos recorriendo mi cabellera con calma. Deja un suave beso en mi frente y se separa lo suficiente para mirarnos a los ojos, aunque su rápida mirada a mis labios no me ha pasado desapercibido, pues se lanza a ellos inmediatamente. Es un pequeño beso, uno fugaz que correspondo. La suavidad de sus labios me inunda durante un segundo y un tercero, son besos más profundos y tiernos.

—Te gusta arriesgarte —bromeo en cuanto se separa. Nuestras risas llenan el silencio de la habitación.

—Sin riesgo no hay gloria.

—Cierto.

—Aunque más que riesgo, ahora es un problema para mí.

—¿Por qué?

—Acabo de crearme una necesidad.

Sus pupilas se agrandan rápidamente. Los besos le han gustado tanto como a mí, y, además, los repetiría. Sí, yo también. Aunque también sabe que ir poco a poco es lo mejor para las dos en este momento.

—Tranquila, duérmete —dice, cuando mis ojos comienzan a cerrarse de nuevo—. Descansa, ya habrá más tiempo para besos —bromea, haciéndome sonreír otra vez.

Sus caricias y un pequeño suspiro tranquilo es lo último que escucho antes de quedarme dormida.

Por mucho que intento evitarlo, soy incapaz de disimular lo que empiezo a sentir por ella. Lo que me hace sentir. Tener a mi lado a una mujer que mire más allá de lo evidente, y que no se espanta ni corre por ello, es un sueño que jamás pensé que se cumpliría. No obstante, sigo teniendo mis dudas, y lo sabe. Mis rutinas son complicadas, más aún desde que estoy perdiendo la visión, no es fácil tenerme al lado. Yo misma, en ocasiones, no puedo soportarme. ¿Cómo lo va a hacer ella?

No sé, supongo que el tiempo me dará respuestas y le dará la razón, estoy segura. De momento, iremos paso a paso, me

dejaré llevar y, por supuesto, evitaré hacerle cualquier tipo de daño. Esto es algo que nunca me perdonaría.

Capítulo 8

Carolina

La semana no ha hecho más que empezar y estoy agotada. Dormir en este sillón tampoco ayuda demasiado, tengo un dolor de espalda que ni el mejor de los masajistas me podría quitar. O eso creía. Ha sido abrir los ojos, verla frente a mí y olvidarme de las molestias por completo.

Son poco más de las siete. Mi turno comienza a las ocho, así que aprovecho que Mónica duerme para entrar al baño y acicalarme. Me cambio los pantalones por una falda de tubo con una abertura en las rodillas, y la camiseta por una camisa de manga larga. El frío hace de las suyas, pero la calefacción de este hospital está demasiado alta y tampoco quiero pasar calor. Perfilo mis ojos, una base de rímel y color marrón para mis labios.

Mi paciente favorita está sentada en la cama al volver, mira por la ventana. Aprovecho para observarla unos segundos, apoyada en la pared.

—¿Te vas a quedar ahí? —pregunta sin moverse.

—Sabes que lo haría —respondo acercándome lentamente.

—Sí, pero llegarías tarde al trabajo.

—Sería la primera vez en mi vida, aunque merecería la pena.

Al llegar a su lado, me mira de arriba abajo. Intenta contener la sonrisa, pero no es capaz al igual que yo.

—Estás guapísima.

—Gracias…

—No me extraña que tengas a medio departamento de enfermería loco por ti —río al oírla. Dejo la mochila en el sillón y me quedo frente a ella. Por la posición, soy más alta, así que mira hacia arriba, haciendo una pequeña parada en mi escote,

provocando que me muerda el labio por un segundo. Un gesto que ve y le hace sonreír.
—No es el departamento de enfermería lo que me tiene loca a mí —susurro antes de borrar la poca distancia que nos separa. Rodeo suavemente su cuello con mis manos para evitar que se separe. Por suerte no lo hace, está cómoda, y está disfrutando los besos tanto como yo. Por un momento, olvidamos dónde estamos. Nos hace volver la voz de una enfermera al entrar, aunque es demasiado tarde, nos pilla besándonos.
Esto me molesta, es más que evidente por el suspiro que suelto y mi mirada asesina hacia la chica, que se disculpa pretendiendo marcharse, sin mucho éxito:
—No, haz lo que tengas que hacer —le digo, seria—. Yo tengo que irme a trabajar —me vuelvo de nuevo hacia la rubia— Volveré cuando tenga un rato libre, ¿de acuerdo?
Hablo y espero respuesta mientras le limpio el resto de pintalabios de sus perfectos labios y su dulce boca.
—Aquí estaré… —habla sonriente.
—Déjame que te ponga las gotas antes de irme.
Cojo el bote y se las echo al momento. Aprovecho para mirar bien sus ojos.
—No tienes molestias, ¿verdad?
—No.
—¿Y el dolor de cabeza? —paso mis dedos por el apósito que cubre su herida.
—Ahora mismo no tengo, estoy bien. Puedes irte tranquila.
—Bien, eso es lo que quiero.
Me alejo de la cama, agarro la mochila para irme y, antes de hacerlo, le hablo a la enfermera, que revisa sus constantes:
—Paula —me mira directamente—. Cuidádmela.
Suena más a amenaza que ruego, debo admitirlo. Sin embargo, mis palabras y una mirada son más que suficientes para saber que no pasaré ningún fallo. Intento que quede como una broma, se ponen muy tensas con mi presencia y empiezo a entender por qué.

—No-no se preocupe. Estará bien atendida —mi sonrisa se agranda al escucharla.
—Quieres dejar a la chica tranquila, ¡mira lo tensa que está! —suelta Mónica, haciéndome sonreír—. No le hagas ni caso, está bromeando.
Paula me mira y mi sonrisa y el guiño de mi ojo consigue que realmente se relaje. Me despido de ambas y me marcho riendo. Este tipo de situaciones cada día me gustan más.

Mónica

Carolina abandona la habitación sin parar de reír. La pobre chica se había quedado en blanco por su culpa.
—Calma, muchacha, solo está haciendo de las suyas —le aseguro.
—La doctora y usted… —duda por un momento, casi sin poder mirarme—, ¿mantienen una relación?
Inevitablemente sonrío —Nos estamos conociendo. Tengo entendido que tiene a todo el personal de enfermería pendientes de ella—. En su rostro se asoma una pequeña sonrisa—. Oh, venga, di lo que estés pensando…
Las dos reímos, creo que le doy la suficiente confianza como para hablar y contarme más en profundidad.
—Tiene razón. Desde que llegó aquí las tiene pegadas como una lapa. Pero ninguna es capaz de mantenerle la mirada. Lo que me acaba de hacer a mí lo hace con todas —admite—. Solo que yo ahora sé que es una broma. Cuando te mira a sí, el cuerpo se tensa de inmediato…
—En eso estamos de acuerdo —pienso sonriendo.
—Ahora tendrán que olvidarse de ella, me parece a mí que la Doctora Vasco ya ha elegido —la vuelvo a mirar, quizás algo más seria de lo que pretendía—. Aunque algo me dice que no está usted muy convencida —alzo las cejas al escucharla—, siento si soy sincera.

—No, no te preocupes, ¿Paula? —asiente, confirmándome su nombre—. Voy a decirte algo y que quede entre nosotras —confirma levemente acercándose—, Carolina me gusta, mucho. Pero mi vida es complicada, no hace falta que te explique por qué.

Me señalo los ojos por la evidencia.

—No sé si quiero dificultarle la vida de esta manera.

—Entiendo lo que quiere decir, pero según veo, usted hace su vida normal y corriente. Adaptándose a las circunstancias. Y ella está dispuesta a estar a su lado, en los buenos y en los malos momentos —añade señalándome—. Mire, soy muy joven y me queda mucho por aprender de las relaciones, pero también tengo claro que quiero en la vida. Lo que ambas están creando es maravilloso, se lo aseguro. Y perdone por la confianza, pero, dan mucha envidia —ambas sonreímos—. Si yo estuviera en su lugar, solo podría ver que esa mujer está haciendo todo lo posible para entrar en su vida, aun sabiendo las dificultades que pueden venir. Ha mirado más allá de una minusvalía, y no todo el mundo hace eso. Es una buena mujer… ambas lo son. Le podría asegurar que no encontrará a otra persona igual si la deja escapar.

Acabo de recibir una lección de una chica quince años menor que yo.

—Vaya, tienes razón. Eres joven, pero me has dejado sin palabras.

—Mi madre siempre dice: "La vida está llena de oportunidades, solo necesitamos estar abiertos a ellas".

Y qué razón tiene.

Tras decirme todo eso, se marcha. Tiene trabajo y no puede pararse mucho más conmigo. Me deja muda, literalmente. Me hace pensar mucho en lo acontecido. Quizás sea momento de darle la mano a esa oportunidad que la vida me está regalando. Como bien dice Carolina, no pierdo nada por intentarlo, ¿no?

Capítulo 9

Mónica

Me paso la mañana completamente sola. Las enfermeras pasan un par de veces para verme, al igual que mi médico. Determina que mi tobillo, con unos días de descanso, terminará de recuperarse, me recomienda seguir teniendo el apoyo de la muleta al menos un par de días; en cuanto al hombro, pasará una semana más dentro del cabestrillo. Sin embargo, me deja una noche más en observación debido a la presión de mis ojos, ya que es más alta de lo que debería, causada por el estrés del accidente.

Soledad llega a la hora de comer, estoy prácticamente terminando el plato cuando aparece. Recién sale de trabajar y me visita antes de marcharse:

—¿Sabes? Carolina ha estado mosqueada toda la mañana —sonrío levemente por su tono. Le encanta lo que hay entre nosotras dos.

—¿Por qué?

—Porque no ha tenido ni un minuto libre para venir a verte —esta vez me sonrojo, consiguiendo su risa.

—Esta mujer no tiene remedio.

—Está loca por ti, y ya está. No tienes que darle más vueltas —dice sin rodeos. Desvío la mirada, un poco avergonzada—. Bueno, han pasado a observarte, ¿no?

—Sí, me quedan unos días de recuperación —le resumo—, aunque hasta mañana no me dará el alta. Tengo la presión un poco alta y quieren controlarlo por si acaso.

—Un día más aquí no te hará daño. Además, tendrás que visitarnos para verte esa herida —añade, señalando mi frente—.

—Sí, no sé cómo voy a hacerlo con el brazo y el pie así. No tengo mucho dolor, pero venir sola hasta aquí se hará un

mundo.
—Bueno, podemos hablar con el doctor —susurra, pensativa—, tanto Carolina como yo vamos a estar pendientes de ti. Podemos ir a tu casa y ahorrarte un buen paseo.
—¿Crees que aceptará?
—Lo hablaré con él, no creo que ponga impedimento. Con que vengas a la revisión general la próxima semana, estará contento.
Se lo agradezco en el alma, venir todos los días iba a ser muy complicado.
—¿Preparada para descansar de tu preciado violín?
—Es lo que más me fastidia de todo. Toco a diario, me ayuda con el estrés. Estos días serán un infierno —exagero, riendo.
—Tranquila, algo me dice que tendrás otro entretenimiento —la miro, intentando entenderla. Su sonrisa pícara me da la respuesta.
—¡Sole! Que no somos unas niñas —me quejo, más roja que un tomate.
—Pues por eso mismo —susurra, dándome un golpecito en la pierna—. Hay que aprovechar cada momento.
Las risas ocupan la habitación. Sus bromas y su compañía consiguen hacer que la comida sea más agradable.
—Celebro veros de tan buen humor —la voz de Carolina nos sorprende a ambas, ríe por el susto que nos ha dado.
—¿Cuánto tiempo llevas ahí?
—Unos segundos, nada más —asegura entrando—. Perdona el retraso, Sole, quería hablar con su médico antes de venir.
—No te preocupes —responde ella.
Las miro, intrigadas, durante todo su intercambio.
—¿La has mandado a cuidarme mientras venías?
—Por supuesto. Me gusta cuidar a las personas que me importan. ¿Algún problema? —cuestiona directa.
Intento encontrar una respuesta a sus palabras y esa mirada, sin embargo, no las encuentro por ningún rincón de mi vocabulario. Sole, riéndose por mi mudez, se despide y se

marcha, dejándonos a solas en pocos segundos. Carolina le agradece su estancia y se sienta a mi lado enseguida.
—¿No deberías ir a descansar a casa? —cuestiono en un tono muy bajo—. Ese sillón te terminará matando…
—Prefiero un dolor de espalda a dejarte sola, ya lo sabes.
Me derrite el corazón con sus palabras.
—Te dije que no me movería de aquí, Moni, así que no te sorprendas —coge su mochila y entra al baño, en poco más de dos minutos vuelve totalmente cambiada. Se ha puesto unas mallas y una sudadera. Sigue estando igual de preciosa.
—¿Cómo ha ido tu día? —empezaba a ponerme nerviosa, así que prefería sacar conversación, bastantes veces me he quedado sin habla en los últimos cinco minutos.
—Completo —añade suspirando—, no he parado en toda la mañana. Incluso he comido en el despacho para poder dejar todo el papeleo listo y poder venir antes. ¿Y el tuyo?
—Bien… Muy tranquila. Algunas enfermeras pasaron por aquí —me mira intrigada—. Quieren conocer a la mujer con la que la doctora Vasco se ha besado —le explico riendo.
—Esas chicas no tienen remedio —suelta, poniendo sus ojos en blanco.
—No pasa nada, la verdad es que todas son fantásticas. Me han entretenido mucho durante esos minutos —se sienta en el hueco de la cama como ya es costumbre—. Por cierto, has dicho antes que has visto al doctor…
—He visto tu historial, quería saber si la subida de presión es por tus ojos por el accidente.
—Es por el accidente —digo, calmándola.
—Lo sé, lo suponía, pero necesitaba quitarme la duda y hablarlo con él.
—No tienes que preocuparte por eso —señalo mis ojos—, está controlado. Esas gotas me sientan muy bien. Además, noto enseguida cuando la subida es por mi visión.
—¿Me lo dirás si eso ocurre en algún momento?
—Claro…

—Gracias —coge mis manos y deja un beso sobre ellas. Poco a poco se acerca hasta quedar frente a frente. Cierro mis ojos cuando me quito las gafas por la incomodidad que suponen. Inspiro con fuerza al tenerla tan cerca, siendo la única manera de templar mis nervios—. ¿Estás incómoda? —cuestiona cerca de mis labios.
—No. Estoy nerviosa. Me pones nerviosa.
No me hacía falta abrir los ojos para saber que estaba sonriendo. Su nariz acaricia la mía con suavidad, poco a poco su mejilla y la mía se encuentran. Su perfume llega a mis fosas nasales provocando un nuevo suspiro. Terminamos prácticamente abrazadas. Su respiración acaricia la piel de mi cuello y sus labios dejan caricias allí por dónde pasan. No puedo evitar estremecerme durante ese breve contacto. Un pequeño camino de besos desde mi cuello hasta la comisura de mis labios que me deja totalmente K.O. Empieza a derretirme, tiene ese poder, y sabe bien cómo utilizarlo.
—Hazlo de una maldita vez —ruego.
—¿El qué? —pregunta burlona. Abro los ojos al escucharla.
—Tienes suerte de que vea poco y necesite mirarte cada puñetero minuto de lo que me resta hasta perder la vista para poder tener tu imagen en mi retina para el resto de mi vida, porque si no fuese así, en este momento te habría mandado a paseo.
No dice nada, no pudo. Se lanza directamente a mis labios, sedienta de ellos. No volvemos a separarnos hasta que no estamos satisfechas, y eso pasó varios minutos más tarde. Aunque creo que ninguna de las dos estaba completamente conforme. No obstante, no estábamos en el lugar adecuado para profundizar más.
—No soy la única que deja sin palabras a la otra cuando habla…
—Solo quería hacerte callar —susurro junto a sus labios.
—Pues lo has conseguido —está a punto de besarme de nuevo, pero mi dedo índice se lo impide.
—No vuelvas a hacer eso —me mira fijamente, me encantan esos juegos hasta cierto límite. Por suerte, lo comprende.

—No lo volveré a hacer, siempre y cuando…
—¿Sí?
—Siempre y cuando tú me des esa oportunidad que tanto deseo. No quiero salir del hospital y que esto se esfume. No lo soportaría.
—Carol… Si no te hubiese dado la oportunidad, no nos estaríamos besando. ¿No te parece?
—Solo quería asegurarme, Molina.
—Eso está bien, Vasco —digo, siguiéndole el juego.
—Bien… ¿Puedo besarla de nuevo? —inevitablemente sonrío.
Si supiera cómo me pone cuando me habla así…
—Ya estás tardando.

Capítulo 10

Carolina

La tarde del martes en el hospital, pasa entre besos, caricias furtivas y miradas deseadas. Puedo asegurar que casi no hubo palabras entre nosotras durante varias horas, no hacían falta.
Mónica me hace hueco en la cama, me tumbo a su lado para descansar algo mejor, gesto que le agradezco bastante.
—Ves, aquí estarás un poco mejor —dice mientras se acomoda.
Deja caer su cabeza sobre mi hombro, aprovecho el movimiento para rodearla con uno de mis brazos y quedar aún más cerca.
Estar a su lado me hace más feliz por momentos. Sin embargo, existe una pequeña espinita que me dice que no todo será tan fácil al salir de aquí. Pretendo no ilusionarme y luego llevarme un chasco, pero ya es un poco tarde. Por la tarde, dan un par de toques en la puerta. Yo estoy medio dormida y apoyada sobre ella, pero me despierto rápido. Mónica me mira y, tras sentarme, da paso. Es Paula, hoy tiene todo el turno con ella, al parecer:
—Buenas tardes —saluda.
—Hola, Paula —contesta en primer lugar Moni.
—Hola, ¿turno completo?
—Completísimo. En cuanto revise constantes me marcho —apunta sin apenas mirarme.
Ambas escuchamos unos cuchicheos en el pasillo, miramos a la enfermera, que enrojece al segundo.
—No vienes sola, ¿cierto? —aventuro con una mirada directa.
—Pues… eh…
—Espera, que lo adivino —suelta Mónica en tono burlón— el Club de fans de la doctora Vasco.
La chica se encoje de hombros apurada. Algo me dice que ha querido evitar esto, pero que no le ha quedado más remedio.

—Hazles pasar —le pido con intención—, a ver lo valientes que son.
Las miro a ambas con una sonrisa, saben que no les voy a poner nada fácil la situación. Paula se asoma y, tras ella, entran otras cinco chicas y un chico. Éste las mira intentando descifrar qué es aquello que les intriga y les gusta tanto. En cuanto me ven tumbada junto a Mónica, se sorprenden. Ya se esperaban que hubiese algo entre ambas, pero verlo en directo era mucho más emocionante.
—¿Todo bien? —cuestiono mirándolas a los ojos, salto de una mirada en otra en cuanto me esquivan.
—S-sí, solamente queríamos saber cómo está la señorita Molina.
—Bien —miro a Mónica—. ¿Cómo está, señorita Molina?
—Mejorando, casi recuperada —se aguanta la risa, lo sé, yo también.
—La doctora Vasco la acompaña para hacerle la estancia algo más agradable —sigue Paula, intentando no soltar una carcajada. Los rostros de sus compañeras son un auténtico poema.
—Qué bien…
Me levanto en cuanto una de ellas habla, muy poco a poco, me acerco. Noto cómo todas tragan por la tensión que les supone tenerme tan cerca. Esta situación empieza a ponerme demasiado.
—¿Algo más, chicas? —niegan con rapidez, haciéndome sonreír levemente.
Repaso cada una de sus miradas por última vez, desprenden una tensión que las haría explotar. Y yo no puedo aguantarme más. Comienzo a reír, seguida rápidamente de Mónica y Paula. El resto no entienden nada. Vuelvo a mi posición inicial, me siento junto a la rubia y la beso fugazmente.
—No me jodas. ¿Esto es lo que queríais ver? ¿Cómo ambas se besaban? —el chico, Raúl creo que se llama, está alucinado por lo que acaba de ver. Es el único que no se había inmutado por mi presencia. Las tres carcajeamos al oírlo, él suspira avergonzado—. Madre mía, sois grandísimas enfermeras, muy

buenas compañeras, pero, con perdón, necesitáis follar urgentemente.
Y así, sin más, pidiéndonos perdón con la mirada, las deja pasmadas y se marcha.
—Chicas, la doctora Vasco está más que ocupada, y la señorita Molina necesita tranquilidad —todas la miran—. La visita se ha acabado, aquí y ahora.
Con ese breve aumento en su tono de voz, todas salen sin ni siquiera mirar atrás. Podemos notar que, aunque muy parejas de edad, ella destacaba por encima gracias a su madurez. Se disculpa, nos desea una buena noche y nos asegura que antes de que el médico la mande a casa, se pasará para despedirse. Antes de que pudiese salir de la habitación, llamo su atención:
—Gracias, por todo —sonríe sin más y cierra al salir.
—Es increíble lo que hacen esas chicas por verte eh…
—¡Pero si luego no se atreven ni a mirarme! Míralas, como piedras se han quedado al acercarme —reímos—. Cuando me toca trabajar con ellas lo paso muy mal, intento hablarles y poder currar más a gusto.
—Intentas que se suelten…
—Eso es, pero es algo imposible. El chaval tiene razón, necesitan una buena ración de sexo para espabilar. Tienen las hormonas revolucionadas.
—Son muy jóvenes, y eres tú quién las revoluciona —añade sonriente—.
—¡Pues conmigo que no cuenten! Tienen edad de ser mis hijas, en el caso de haber sido madre bien joven. No quiero ni imaginármelo. No es lo que busco.
—¿Y qué buscas tú, si puedo saberlo? —la miro directa, no deja de sonreír. Me acomodo de nuevo, quedado frente a frente.
—A ti. Tu eres todo lo que busco —le aseguro, rotando entre sus ojos y sus labios.
—Vas a hacer que me sonroje aún más.
—Es la verdad…
—Es que todo es demasiado bonito —añade, provocando que suspire. Tiene demasiadas dudas.

—Admiro tu capacidad de verle el lado oscuro a todo —apunto seria, un poco mosqueada—. Deberías ver lo bueno, todo lo que la vida te está ofreciendo. Tienes una mujer delante de ti a la que le gustas, que quiere conocerte y que desea tener una relación contigo. A ver, dime, ¿qué tiene de malo?
—No hay nada malo en ti, Carol.
—No me pongas la excusa de tu poca visión y futura ceguera porque eso ya no me vale. Sé de primera mano lo que hay, lo que nos espera. Y quiero vivirlo contigo de igual manera.
—Será duro, voy a pasarlo mal y no quiero que toda mi rabia recaiga en ti.
—Eso lo entiendo —sigo, cogiendo sus manos con calma—, y, aun así, quiero estar ahí. Quiero poder ofrecerte mis brazos para consolarte, mi hombro para que puedas llorar siempre que lo necesites. Solo quiero estar y hacerte el camino lo más llevadero posible. ¿Lo comprendes? —asiente, con los ojos humedecidos—. Deja que me quede, Moni. Y si no funciona, si esto no llega a ningún puerto, te prometo que me alejaré y no volverás a verme ni saber de mí nunca más. Aunque agotaré todas las posibilidades que tenga, hasta el final —le aseguro con una sonrisa—. Jamás dejaría marchar a una mujer como tú.
La acojo en mis brazos segundos después. Lloramos en silencio y nos reconfortamos mutuamente. No es fácil, nadie ha dicho que vaya a serlo, pero sé que nos irá bien.
El resto de la tarde la pasamos descansando, charlando. Por momentos viendo la televisión, escuchando música o en silencio, acariciándonos. Compartiendo tiempo y espacio. No necesitábamos nada más.

Capítulo 11

Mónica

Me quedo sin habla en esos momentos en los que estoy muy nerviosa o sé que hago mal las cosas, más cuando involucran a alguien a quién puedo hacer daño. Y, ahora mismo, paso por una mezcla de ambos.

Tengo a mi lado a una mujer increíble, trabajadora, risueña, sexy… Y lo mejor de todo es que está dispuesta a quedarse a mi lado a pesar de las dificultades que mi futura ceguera puede ocasionar. Y, por esto mismo, dudo. Sé que ella entiende mi problema, y que sabe cómo tratarlo y ayudarme. Pero desde mi perspectiva, lo veo como un sacrificio en su vida, un camino lleno de baches que terminará haciéndome estallar. No quiero que toda esa mierda le salpique, no quiero hacerle daño o exponerme de tal manera que haga cambiar todo.

Me desvelo durante la noche por el mismo motivo. Me he estado torturando a mí misma, lo sé. Haga lo que haga, le haré daño. Si no le dejo seguir con esta oportunidad, sufrirá. Si sigo adelante y llega mi peor momento, también lo hará. ¿Qué narices puedo hacer?

—¿No puedes dormir?

Su voz me saca de mis pensamientos. Está tumbada a mi lado, apoyada levemente sobre mi cuerpo. Pensaba que estaba dormida. Me giro brevemente y dejo un suave beso en su frente sin decir nada. Abro mis brazos y aprovecha para acurrucarse en mi pecho. Está tan cansada que en pocos minutos su respiración se hace más fuerte.

Apenas duermo un par de horas, lo suficiente para estar descansada y que no se noten mis dudas. Al despertarme, ya no está a mi lado. Oigo ruidos en el baño, así que aventuro que estará cambiándose para su nuevo día. Al salir, la miro de arriba

abajo. Ha elegido un pantalón vaquero y una camisa. Se ha pintado los labios de un tono rojo vino.
—Buenos días —susurra antes de acercarse y besarme. Limpia el resto de pintalabios y se sienta en el hueco de siempre.
—Buenos días.
—¿Te encuentras bien?
—Sí.
—Mientes fatal —dice con media sonrisa, yo me encojo de hombros—. ¿Qué te ocurre, Moni? Te noto mal y no poder ayudarte me pone triste.
Decido ser directa, decirle todo aquello a lo que le había dado vueltas durante la noche.
—Sé sincera, por favor —la miro a los ojos, sabe perfectamente lo que voy a decirle—. Te lo agradecería, de corazón.
Inspiro con fuerza y suelto todo el aire antes de hablar.
—Es que sé que diga lo que diga o haga lo que haga nos hará daño. No dejo de darle vueltas, Carol… Si seguimos adelante y yo lo paso mal, las dos lo haremos. Si corto esto de raíz, también sufriremos. No es nada fácil.
—Entonces… Bueno, pensé que me habías dado una oportunidad, tú misma lo dijiste —asiento, es la verdad—. ¿Qué es lo que quieres hacer? Porque no quiero perderte ni sufrir.
—No lo sé… Me gusta estar contigo, conocerte… ¿Y si lo hago mal? —en este momento, las lágrimas desbordan mis ojos sin poder evitarlo—. No sé si estoy preparada para una relación seria, no lo sé. Mi cabeza es un hervidero, y necesito ponerla en orden antes de dar un paso más importante, comprobando así que esto que siento seguirá ahí y no es un simple capricho. Quiero tiempo para trabajar en mí misma y no hacerte daño.
—Eso lo entiendo, Moni. Lo que quieres es… ¿que no nos veamos cuando salgas del hospital?
—No, no sé qué me has hecho, pero no aguantaría ni un día sin poder verte —suelto antes de reír, ella también lo hace mientras me pasa un pañuelo de la mesilla—. Lo que quiero y lo que necesito es que tengas un poco más de paciencia conmigo, que

sigamos conociéndonos y que, cuando estemos realmente listas, si tú por entonces sigues queriendo, tener una relación.
—No pretendía correr ni mucho menos contigo, Moni —susurra acercándose y limpiando mis lágrimas con sus dedos—, iremos poco a poco y paso a paso, aunque…
—¿Aunque?
—Será complicado no verte durante todo el día, o no tener esos labios delante antes de dormir cada noche.
Reímos antes de abrazarnos. En las últimas dos noches, hemos tenido eso y más. Besos, conversaciones, caricias, mimos… Y sé de buena mano que no será fácil volver a la soledad de mi habitación cuando vuelva a casa.
—Eso sí, prepárate al salir… Porque soy una máquina de conquistación —la observo, incrédula—. Voy a hacer todo lo posible para quedar contigo, hacerte sonrojar, mimarte… Y no me pidas que no lo haga, porque no seré capaz.
—Creo que eso lo llevas dentro —añado riendo—, no voy a ser yo quien lo cambie. Además… —aparto la mirada, avergonzada —, me encanta que lo hagas.
—Te encanta… ¿El qué? —me está provocando, lo sé, pero también me gusta.
—Me encantan tus insinuaciones, tu coqueteo, como te acercas lentamente para ponerme nerviosa, tus juegos que me ponen más de lo que podría admitir —sonríe mientras me escucha—. Me gustas tú, Carolina, toda tú. Así que no, no cambies nada de eso.
Los besos y las caricias inundan de nuevo la habitación en la que estamos. Quedan pocos minutos para que tenga que marcharse y, aunque ninguna de las dos queremos separarnos, es lo que toca. En pocas horas, yo también estaré de vuelta en casa, cosa que agradezco. No es que odie los hospitales, pero prefiero la calidez de mi hogar y mi colchón, este al menos no me da dolor de espalda extra.
Al separarse, queda cerca de mí, a escasos centímetros, mirándome con esos ojos felinos que no hacen más que ponerme los pelos de punta.

—También creo que empezaré a meditar, sí —carcajea al escucharme—, ¡no te rías! Lo voy a necesitar si sigues mirándome así.
—Yo puedo ayudarte de otro modo… —suelta cuando una de sus manos cae sobre mi muslo, apretándolo levemente.
—Joder, que poco aguante voy a tener.
Vuelve a reír, esta vez tan fuerte que creo que todo el hospital la ha escuchado.
—Intentaré controlarme, todo lo que pueda, aunque no prometo nada.
Le agradezco sus palabras y su buen hacer con un nuevo beso. A los pocos segundos, con mucho pesar, me deja sola para iniciar su jornada de trabajo. Pasará a verme con el doctor para darme el alta. Al final, mi corazón y lo que siente puede más que mi cabeza. Ella es maravillosa, y no voy a apartarla de mi vida. Carolina es todo lo que he querido siempre a mi lado y, aunque la vida me lo ponga difícil, sé que lucharemos para seguir adelante. Va a estar ahí, cada día y cada momento que la necesite, lo sé de sobra. La pregunta que me hago ahora es: ¿podré aguantar este calor que me recorre cada vez que la tengo delante?

Capítulo 12

Mónica

El doctor llega acompañado de Carolina. Sé que quiere escuchar que todo está bien y que puedo irme a casa sin mayor problema. Observa mis constantes, la herida de la frente y ambos sonríen, significativo de que puedo volver a casa. Cuando terminan y me dan el alta, llamo a Mateo, en pocos minutos estará en la puerta para recogerme. Carol se queda para ayudarme a recoger y acompañarme hasta que llegue mi amigo. A medida que pasamos por los pasillos del hospital, las miradas de algunos de sus compañeros, así como las enfermeras, se giran hacia nosotras, algunas incluso se acercan a despedirse. No puedo sentirme más a gusto y querida por ellos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta cuando nos sentamos en el banco de la puerta. El sol da una tregua a este frío invernal.

—No lo sé. Supongo que descansar, ver alguna serie… Es lo único que me apetece.

—Y… ¿te apetece compañía? —giro la cabeza para mirarla—. Si no quieres, no pasa nada.

—¿A qué hora terminas? —su sonrisa brilla.

—A las tres.

—Te invito a comer a casa. Así te agradezco tu compañía y todo lo que has hecho por mí estos días.

—Allí estaré.

Mat aparca justo delante, saluda, pero no se baja del coche. La misma Carolina coge mis cosas y las monta en la parte trasera. Nos miramos por unos segundos antes de acercarme y dejar un beso en su mejilla, muy cerca de la comisura de sus labios.

—Espero que tengas una buena mañana.

—Bueno, ya no tengo a mi paciente favorita —sonrío—, pero lo será.
Esta vez es ella la que se acerca y me besa, un beso que me hace sonreír y que me provoca un cosquilleo en el estómago que me encanta. Sin decir nada más, me monto en el coche y ella vuelve dentro.
—¿Estáis juntas? —pregunta Mateo en cuanto arranca.
—No, nos estamos conociendo.
—¿Se fueron las dudas?
—No, al menos no del todo. Ella sabe que las tengo, pero también sabe que me gusta. Así que vamos a ir poco a poco.
—Mmm, algo me dice que te estás callando algo… —sonrío de lado, me conoce mejor que nadie—. No creo que quieras ir despacio con ella, te gusta demasiado… —se queda callado por unos segundos, hasta que su bombilla se enciende— ¿Estás poniendo a prueba lo que ella siente? —cuestiona un poco escandalizado.
Cierro los ojos al escucharlo, me siento muy culpable por esto, pero es así.
—Tú mejor que nadie me entiendes, Mat. He pasado por esto dos veces. Y las dos, después de unas semanas, se han marchado y me han dejado sola. No quiero volver a sufrir de esta manera.
—Carolina no es así, y tampoco se imagina lo que estás haciendo.
—Es muy consciente de lo que hago —esto sorprende a mi amigo—, y, aun así, se ha quedado. Y no me lo ha reprochado. Dice mucho de ella.
—Desde luego…
—Hoy le he invitado a comer.
—¿Vas a cocinar? —lo miro, intrigada.
—¿Tan extraordinario te parece? —ríe, cogiéndome la mano.
—No, te encanta cocinar… Pero desde que empezaste con los problemas visuales, lo haces poco.
—Lo sé, pero hoy me apetece. Será algo sencillo, además, no quiero complicarme.

—Si necesitas algo, no dudes en avisarme. Esta tarde saldremos a comprar, puedes mandarme una lista de lo que necesites y te lo acerco luego.
—Me sería de gran ayuda —añado, agradecida—, voy a estar unos días en casa y me vendrá bien. Te mandaré luego la lista.
Son algo más de las diez y media cuando llego a casa. Mateo me acompaña hasta la misma puerta y se marcha para volver al trabajo. Recibo visitas de los vecinos durante toda la mañana, con todo el jaleo de la ambulancia, se ha corrido la voz de mi accidente. Traen dulces, alguna cesta de frutas y se ofrecen para cualquier recado que necesite. Tener un buen vecindario y tan buenos vecinos es un auténtico lujo. Todos son bastante majos.
A eso de las dos, miro en la cocina y, con los ingredientes que tengo, puedo preparar un buen plato de spaghetti a la boloñesa, así que me pongo manos a la obra. Aún puedo disfrutar de estos momentos y los aprovecho al máximo.
Corto la cebolla y la zanahoria, cocinándolas durante unos diez minutos aproximadamente a fuego lento. Cuando empiezan a estar doraditas, añado la carne picada junto a sal, pimienta negra y alguna otra especia. Remuevo todo y espero a que la carne esté cocinada para echar el vino blanco y esperar que evapore. Por último, agrego la salsa de tomate y un poco de leche, dejándolo al fuego lentamente. Aprovecho estos minutos para cocinar la pasta en otra olla.
Quedan poco más de cinco o diez minutos, para que todo esté listo, cuando llaman a la puerta. Bajo el fuego y abro. Me conozco cada rincón de la casa al dedillo, así que no utilizo el bastón. Al abrir la puerta, me encuentro con Carolina. Me observa de arriba abajo, centrándose en el delantal que llevo puesto. Lo compré hace varios años, con una frase personalizada: «Tu chef de confianza».
—Pasa, por favor —me aparto y entra en casa. Cierro la puerta y vuelvo a la cocina, me sigue de cerca—. La comida ya casi está.
—¡Umm! Qué bien huele aquí —sonrío.

—Gracias, espero que te guste.
Bajo su atenta mirada, remuevo la pasta, comprobando que está lista. La aparto del fuego y la paso por agua fría. Mientras escurre, apago la carne y la dejo reposar.
—Te manejas muy bien teniendo tan poca visión —dice, impresionada.
—Bueno, a medida que han pasado los meses, he aprendido cada rincón, cada rutina, cada paso que debo hacer. En casa ya puedo manejarme con los ojos cerrados y eso es muy bueno para mí.
—Sí que lo es.
Cojo un par de vasos, cubiertos y los coloco en la mesa. Le pido que se siente mientras le sirvo el agua. Saco los platos, añado la pasta a la olla de la carne, mezclando y volteando todo durante unos segundos y, cuando está finalizado y bien integrado, lo sirvo con cuidado.
—Esta es la parte que más me cuesta —añado, nerviosa—. Casi la controlo, aunque a veces no mido bien las distancias.
—Si te sirve de consuelo, yo no sé ni freír un huevo. Así que puedes sentirte orgullosa —suelta, haciéndome reír.
—¿Cómo mantienes ese cuerpo entonces? —cuestiono dejando los platos en nuestros respectivos sitios.
—Me defiendo con cosas básicas —aclara, encogiéndose de hombros divertida—, y pido comida, sobre todo cuando estoy ocupada.
—Te puedo enseñar algunos trucos y recetas cuando quieras.
—Eso me encantaría.
Comenzamos a comer inmediatamente. Dejo que ella sea la que pruebe primero. La observo, intentando descifrar si le gusta o, por el contrario, es una de mis peores recetas. Sus ojos, tras el primer bocado, me dan la respuesta. Se abren de par en par, como si fueran los de una niña con una chuche. Empieza a comer más rápidamente, haciéndome reír. Yo la sigo de cerca y sí, efectivamente, estaba buenísima. La pasta también.

Capítulo 13

Carolina

Nos sentamos en el salón de la casa tras terminar de comer y ayudarla a limpiar. Me costó convencerla, pero por suerte cedió pronto. Qué menos tras su invitación.
—Trabajo en equipo —digo, levantando la mano para que chocara. Duda por un segundo, sin embargo, termina haciéndolo con una sonrisa divertida.
Al sentarse, suspira, la noto cansada, su cabeza no le está dando tregua. Me acerco más a su lado, le toco la frente y el cuello, comprobando su temperatura. También acaricio sus mejillas bajo su atenta mirada:
—Estás agotada —susurro, buscando un par de cojines para acomodarla—. Vamos, debes descansar. Túmbate.
Me hace caso, sin rechistar. Acoplo todo con cuidado y me quedo a su lado, observándola y acariciándola para darle mayor confort y tranquilidad. Estoy sentada en el suelo, podría sentarme en otro de los sillones, pero no pretendo separarme.
—¿Has comido bien? —pregunta mirándome. Sonrío al escucharla.
—Muy bien, eres una gran cocinera, podría decir que mi favorita. Espero que me enseñes todo lo que sabes —añado arqueando las cejas, iba con doble intención y su sonrisa fue más que suficiente para hacérmelo saber.
—Algún día… Aunque tampoco sé hacer demasiado. Como bien has dicho antes, me defiendo. No tengo mucha experiencia.
—¿Cuándo fue la última vez que dormiste con una chica? —fui directa y al grano, no quería dar rodeo y que me diera largas.
—Uf, pues dormir, dormir… Algo más de cuatro años.
—¿Qué pasó?

—Nos queríamos, pero el amor se fue. Ese cariño estaba ahí, ninguna quería dar el paso por miedo a perdernos. Pero un día descubrí que se había enamorado de otra chica. Lo hablamos y se lo dije, que era hora de luchar por ese amor.
—La dejaste ir.
—Merecía ser feliz.
—Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, Mónica.
—Así que… estoy un poco desentrenada, si es lo que te interesa —ambas reímos a carcajadas.
—Si te hace sentir mejor, no eres la única. Yo, desde la última vez, no he tenido nada con nadie. Dejé de buscar porque sentía que me harían daño y me volverían a dejar.
—Y te vas y te topas conmigo, que no hago más que hacerte sufrir —lamenta, tapándose la cara.
—¡No! No, Mónica. Tú no me estás haciendo sufrir, preciosa. Mira —me incorporo y me siento sobre mis propias rodillas para estar más cómoda y que pueda mirarme con más claridad—. Si yo estuviera en tu lugar, quizás habría hecho lo mismo. Es normal que tengas miedos, dudas, que necesites tiempo…
—¿Entiendes por qué lo hago? —cuestiona impresionada.
—Sí, te lo aseguro. Por ese mismo motivo estoy aquí, a tu lado, cuidándote. Quiero que veas que estar juntas no es malo, y que podemos pasarlo bien. Dando pequeños pasos, uno tras otro, hablando y superando esos miedos, haciendo equipo.
Busco su mirada y no la aparto durante un largo rato.
—Sé que es difícil, pero no imposible. Esperaré lo que haga falta.
Sus ojos se llenan de lágrimas, aunque las aguanta con fuerza.
—Hazme un favor…
—Claro, lo que quieras.
—Túmbate conmigo, abrázame.
Asiento rápidamente. Me levanto y me tumbo a su lado. Se abraza por completo a mí nada más hacerlo. Acaricia mi cuello y parte de mi escote con su nariz. Inspira profundamente embriagándose de mi perfume y deja un dulce beso en mi piel, un beso que la eriza de inmediato. Siempre pensé que

exageraba cuando yo la ponía nerviosa, pero en este momento, acabo de empatizar con ella. Sí que es difícil, sí.
—Vale, ahora te entiendo —suelto al sentir cómo el calor inunda mi cuerpo.
—¿A qué te refieres?
—A lo nerviosa que te pones cuando estoy cerca de ti —ríe al escucharme—. ¿Te he dicho alguna vez lo que me gusta tu risa?
—¿Te he dicho alguna vez lo desvergonzada que eres? —me contagio con su risa, inevitablemente.
—Soy así, no puedo evitarlo —suelto, encogiéndome de hombros.
—No lo hagas, no lo evites —me mira a los ojos, sonriente— Me encantas así.
Es lo último que me dice antes de acurrucarse de nuevo en mi pecho y quedarse dormida. ¡Muero de amor! Me quedo adormilada a su lado, cansada después de toda la mañana de trabajo. La paz y la tranquilidad que transmite ayuda, para qué mentir. Abro los ojos cuando la noto moverse. Busco su mirada y encuentro esos preciosos ojos observándome.
—Hola…
—Hola, ¿cuánto he dormido? —miro mi reloj.
—Un par de horas. ¿Te sientes mejor?
—Ahá —dice, sonrío cuando se apoya en mi pecho de nuevo—. ¿Ocurre algo?
—Nada…
—Oh, venga, seguro que es algo que irá en mi contra —río a carcajadas.
—Recordaba tus palabras, lo de ir despacio… Y lo poco que hemos tardado en no cumplirlo.
—Tienes razón… Es más complicado de lo que imaginé.
—Pero es bonito, ¿no? Quiero decir, nos estamos dejando llevar, haciendo lo que sentimos, lo que queremos. No hay nada de malo, ¿no?
—No, claro que no.
—De todos modos, si en algún momento me excedo o paso algún límite o no quieres hacer algo, dilo. No quiero

incomodarte ni nada por el estilo, ¿vale? Quiero hacerte sentir lo más cómoda posible.
—Puedes estar tranquila —apunta serena—. Me siento muy cómoda cuando estás cerca.
Sonrío, cojo su mentón para poder mirarla. Humedezco mis labios al ver los suyos y, aguantando poco más de dos segundos, me lanzo a besarla. Besos que se alargan durante minutos. Pierdo la cuenta de cuantos pasamos sin separarnos la una de la otra. Minutos en los que empezamos a reforzar esa intimidad que se ha creado entre nosotras.
Creo que, hasta ese instante, es uno de los mejores momentos que hemos pasado juntas, no lo cambiaría por nada, estoy segura.

Capítulo 14

Mónica

Tengo que admitirlo. Pasar la tarde junto a Carolina ha sido una auténtica maravilla. De hecho, solo podía pensar en las pocas ganas que tenía de que se marchase. Sin embargo, aún había unos límites mínimos que tenemos que cumplir.

Aunque hemos dormido juntas por la tarde, no estoy preparada para pasar la noche con ella. Me conozco demasiado y quizás la sorprenda, más de lo que imagina.

Cuando la noche empieza a caer, justo después de que Mat pase a dejarme la compra, se levanta con intención de marcharse. Mientras me ayuda a guardarlo todo, me explica que, a la mañana siguiente, tiene operaciones muy temprano, y quiere llegar a casa para descansar y dormir lo suficiente. Antes de salir por la puerta, gira y coge mi teléfono, el cual llevo colgado al cuello.

—¿Te manejas bien con él? —pregunta.

—De momento, sí, tengo control por voz.

—Entonces si te mando un mensaje…

—Se reproducirá y lo escucharé. Aunque si vas a hacerlo, prefiero que mandes un mensaje de voz. Así escucho la tuya y no la de una máquina.

—Vale, así lo haré —dice, apuntando su número—. ¿Cómo me guardo para que sepas que soy yo?

—De eso ya me encargo yo —me devuelve el teléfono intrigada y, por primera vez en mucho tiempo, escribo.

—Eso significa que no me vas a decir cómo me tienes agregada, ¿no?

—Efectivamente —sigo, con una sonrisa.

—A saber… —apunta entre risas—. Bueno, tengo que irme. Mándame un mensaje luego para guardar tu número, ¿vale?

—De acuerdo.
Se acerca con calma, dejando un suave beso en mis labios y una sutil caricia en mis mejillas. En cuanto se marcha, decido que es hora de darme una ducha y, mientras me preparo, hablo:
—Oye, Siri.
—*Hola, Moni, ¿en qué puedo ayudarte?*
—Abre la conversación de «Sexy» —le pido, sonriendo como una niña.
—*Ya está abierta.*
—Escribe: Hola, preciosa. Gracias por acompañarme esta tarde. No puedo estar más agradecida contigo. Un beso.
—*Ya está escrito. ¿Quieres oírlo?*
—Sí, por favor —reprodujo el mensaje y estaba perfecto—. Envía el mensaje, Siri.
—*Mensaje enviado.*
—Gracias.
Puede parecer una tontería, pero el control por voz del teléfono cada día me da más facilidades. Al terminar de ducharme, el teléfono emite una notificación.
—Tienes dos mensajes de «Sexy» —río, claro que lo hago. Lo haría cada vez que recibiera un mensaje suyo.
—Siri, reproduce los mensajes de Sexy.
El primero de ellos fue un: «Hola, bombón» de la voz de Siri. Poco después le siguió un audio con su propia voz:
—No me tienes que agradecer nada, Moni. Sabes de sobra que, para mí, es un gusto y una bendición estar contigo. Por cierto, mañana es mi último día de trabajo de la semana, al tener operaciones tengo todo el fin de semana libre, incluso el viernes, que me deben unas horas —ríe—. Puedo ir a verte mañana por la tarde y, si quieres, buscar algún plan para el fin de semana. ¿Qué te parece? Otro beso para ti.
—Me parece bien, no me gustaría pasarme todo el fin de semana en casa. Mañana lo hablamos. Por cierto, ¿tengo que ir al hospital para terminar de curar la herida de la frente? Creo que me comentaron que podía hacerlo en casa, pero no estoy

segura —contesto al instante, me dijeron tantas cosas que no recordaba.
—No te preocupes por eso, hablaré con Sole mañana y yo misma me encargo cuando te vea, así no tienes que desplazarte cada día.
—Me harías un gran favor.
Nos pasamos hablando a través de los mensajes durante el resto de la noche, hasta que nos fuimos a dormir. Empezaba ese momento de la relación en el que ninguna de las dos quería dejar de hablar con la otra, aun sabiendo que hemos estado juntas hace escasas unas horas. Pero eso así, y ninguna vamos a negarnos, nos encanta.
A la mañana siguiente, en uno de sus descansos, me llamó. Estaba con Soledad, habían comentado lo del tema de las curas y, al encargarse la propia Carolina, no hubo problema. Únicamente, como ya sabía, tendría que volver el lunes para revisarme y quizás, quitarme los puntos. Les agradecí enormemente el haberme recordado todo y que se preocupasen tanto.
Aproveché el resto de la mañana para hacer algo de trabajo que Mat me había enviado. Soy traductora, de profesión. Al empezar todo el proceso de mi discapacidad, dimití de la empresa en la que estaba, ya que el esfuerzo visual era bastante grande, demasiadas horas en pantalla que no podía permitirme. Solo me daría un acelerón que no quería. A partir de ese momento, y gracias a mi amigo, consigo un dinero extra semanalmente. Vivo de la pensión de discapacidad y de los ahorros que he guardado a lo largo de los años, pero nunca está de más que entre un pequeño colchón, por si algún día todo empeora.
Mat es abogado, trabajan por temporadas con una empresa estadounidense y, en muchas ocasiones, necesitan la traducción de ciertos documentos o requieren en alguna intervención para hacer la comunicación más fluida. Esta mañana, me envió algunos archivos.
Como de costumbre, el control por voz lo leía por mí. Casi al mismo tiempo, iba traduciendo hasta terminar el documento. Y,

una vez finalizado, lo enviaba de vuelta. En menos de un par de horas, ya estaba listo. Mat me llamó de inmediato, al parecer eran unos clientes importantes:
—Gracias, que lo hayas hecho en tan poco tiempo nos da un poco de ventaja.
—No es nada, de verdad.
—¿Cómo estás hoy?
—La verdad es que muy bien. Me he levantado de buen humor, este trabajo me ha tenido entretenida un rato y en unas horas Carol vendrá a casa.
—Vaya, veo que el estar juntas cada vez se ve mejor…
—Ella quiere estar aquí y yo deseo que esté. No sé dónde terminará todo esto, pero vamos a dejarnos llevar, ir paso a paso y que las cosas sucedan sin más. Es imposible negar algo que es más que evidente —oigo su sonrisa al otro lado, sé que está contento por mí.
—No sabes lo mucho que me alegro. Mereces ser feliz, Mónica, y esa doctora te quiere y te hace feliz, así que adelante.
Estuve hablando con él unos minutos más. Tenía razón, el amor llega cuando menos te lo esperas, cuando realmente piensas que no es para ti o no buscas nada. Es como si estuviera esperando a ese momento para aparecer.
No voy a ser yo la tonta que le dé la patada, no esta vez.

Capítulo 15

Carolina

Me paso la mañana en el quirófano. Acabo agotada, pero muy satisfecha. Adoro mi trabajo, me encanta, el hospital es increíble y me rodeo de los mejores. Algunas de las operaciones han sido observadas por alumnos de prácticas. De hecho, las próximas serán para ellos, bajo mi supervisión, por supuesto. Será la primera vez de todos y cada uno de ellos y no quiero líos de ningún tipo.

Al llegar a mi despacho, me encuentro con Soledad. Está terminando algunos papeles. Yo vengo cambiada, únicamente para coger mis cosas y marcharme.

—Ya no te veo hasta el lunes, ¿verdad?

—Así es…

—¿Algún plan?

—Pues no lo sé aún, de momento esta tarde nos quedaremos en casa.

—¿Nos? —cuestiona con media sonrisa. Yo correspondo con otra.

—Iré a ver a Mónica

—¿Va bien la cosa?

—Va, que no es poco. Vamos paso a paso, no quiero agobiarla ni hacer nada que no quiera.

—Haces bien. Sabes —llama mi atención—, alguna que otra vez ha mencionado los jardines del centro, ha estado allí disfrutando del atardecer —la observo, con curiosidad—. Darío y yo vamos a pasear allí muchas de las tardes y hemos coincidido. Ella quiere aprovechar cada momento —me aclara—, cada oportunidad que tenga hasta perder la vista definitivamente. Cualquier plan, cualquier visita, le encantará.

Me quedo pensativa por un segundo. Sé todo lo que está sufriendo con eso, y quizás este tipo de planes le encanten.
—Tienes razón —añado, sonriente—. Gracias, Sole, como siempre, consigues salvarme.
Me despido y me voy a casa. Hago algo de comer y me meto directamente en la ducha. Aviso a Mónica que, en poco más de una hora, estaré en su casa. Me contesta de inmediato: «Vale, preciosa. Tengo ganas de verte». Sonrío y me sonrojo, escuchar esas palabras de su propia voz me hacen muy feliz.
Son algo más de las cinco cuando subo las escaleras de su portal. Un vecino sale al llegar y aprovecho para entrar. Me acerco a su puerta, la oigo tocando el violín. No pretendo interrumpirla, la pieza que está tocando es exquisita. Me apoyo en la pared y la escucho con tranquilidad hasta que finaliza. En ese momento, doy un par de toques en la puerta.
—¿Quién es?
—Soy Carol —abre a los pocos segundos. Me recibe con una gran sonrisa, una que hace que busque sus labios rápidamente. Su mano aprieta mi cintura cuando nos quedamos frente a frente— ¿Cómo estás? —pregunto, mirándola a los ojos.
—Ahora muy bien —susurra, antes de besarme de nuevo y separarse.
No puedo sentirme más feliz al oírla.
—Tocabas *Canon In D* de *Pachelbel*, ¿verdad?
—¿Estabas escuchando? —se sorprende, me encojo de hombros, divertida.
—No pretendía pararte. Además, me encanta cómo tocas.
—Eres muy bonita —añade.
—¿Tocarías algo para mí? —cuestiono mientras nos sentamos.
—Lo que tú quieres —asiente, colocándose el instrumento.
—¿No te duele el brazo?
—Tengo alguna molestia, pero es soportable.
—Podemos dejarlo para otro momento…
—No, tranquila —contesta rápido—, estoy bien.
Asiento, fiándome de ella. Se coloca con calma y me mira.

—Voy a improvisar un poco, a ver si adivinas qué canción es. Aunque es muy fácil. Una nota, me bastó una simple nota para saber que se trataba del mismísimo *Tango de Roxanne,* adaptado al violín y su propio ritmo. Mi boca se abría cada vez al ver en primera persona el virtuosismo, dejándome completamente fascinada.
Al terminar, me observa, sigo fascinada. Tanto que le hace gracia.
—No te rías —le pido, empujándole la pierna—. Me dejas impresionada.
—Veo poco, pero lo suficiente para ver tus gestos —sonrío—, no es para tanto.
—Lo es. Tocas muy bien. Me he criado con un violinista, sé de lo que hablo —ella guarda todo en su estuche mientras hablo—. Te dedicas a ello profesionalmente, he de suponer.
—No —me sorprendo—, es un hobbie que tengo desde pequeña. Mi intervención el otro día en el teatro fue algo improvisado. Alguna que otra vez me uno a ellos, Mat también toca el violín y, como según el director, tengo mucho talento, pues me lo piden muy seguido.
—Tiene razón, tienes talento. De hecho, pensaba que era tu profesión.
Sonríe y se acomoda a mi lado.
—No, soy traductora.
—Anda ya…
—¡Sí! Es cierto.
—¿Qué idiomas sabes?
—Inglés, francés y un poco de alemán e italiano. Estos dos últimos los leo y chapurreo, antes de empezar a perder la vista estaba aprendiendo a escribirlos.
—Demuéstramelo —le pido, con media sonrisa.
—*Du bist wunderschön* —ahora sí, me quedo blanca, lo que le provoca una carcajada.
—¿Qué has dicho?
—*Ho detto che sei bellíssima.*

—Vale —río con ella—, entiendo lo de *bellissima*, pero lo demás…
—He dicho que eres hermosa —susurra, cogiendo una de mis manos.
—¿Hoy es el día de dejarme sin palabras? —sonríe, apretando el agarre—. Bueno, ahora voy a ser yo la que te deje completamente en blanco.
Me incorporo para poder coger ambas manos y tirar de ella hasta que termina sentada sobre mí. Una de mis manos rodea su cintura, la otra la llevo a su cuello y mejillas con rapidez. Estos movimientos la hacen sonrojar, objetivo que quería cumplir. Lo que no esperaba es que fuese ella la primera en lanzarse a mis labios. Sonrío y disfruto de cada minuto de besos, caricias y risas. Se queda sobre mí, abrazada, sin moverse. Es perfecto.
—Tengo un plan que sé que te puede gustar para mañana por la tarde —susurro, apoyada en su pecho.
—Ah, ¿sí? —acaricio sus piernas.
—Ahá… Por la mañana tengo que ir a comprar algunas plantas para mi casa, quiero darle un toque de color al piso. Al ver tu enredadera me has dado una idea para el mueble que tengo allí.
—Sí quieres, puedo acompañarte, no tengo trabajo.
—Eso me encantaría —digo, antes de besarla.
—¿Cómo ha ido tu día?
—Me lo he pasado prácticamente en quirófano. Tenemos alumnos de prácticas y no me los he quitado de encima en toda la mañana.
—Y, ¿eres buena maestra? —pregunta, con gracia.
—La mejor —fardo, socarrona— ¿Acaso lo dudas?
—No —contesta casi sin poder mirarme—. Pero igual debo pedir unas lecciones individuales para comprobarlo.
Humedezco mis labios al escucharla.
—Hoy estás especialmente juguetona —suelto, directa—. Sabes que tengo un límite, ¿verdad?

—Y… ¿Qué pasa si lo supero? —añade juguetona, pasando uno de sus dedos por mi cuello. Suspiro, sintiendo cómo el calor inunda mi cuerpo en milésimas de segundo.
—Esto.
La levanto, la vuelvo a sentar y me coloco a horcajadas sobre ella sin esperar un solo segundo, uniendo nuestros labios y sin dejar nada de espacio entre nuestros cuerpos. Parece que la tarde no ha hecho más que empezar, esto es lo que buscaba y lo ha conseguido. ¿Hay mejor plan que pasar la tarde en los brazos de la mujer de la que me estoy enamorando?

Capítulo 16

Mónica

No sé qué es lo que me ocurre hoy.
Lo único que tengo claro es que deseo pasar la tarde en brazos de Carolina. Y se lo he hecho ver. Por un lado, quería parar, no precipitarme. Pero este juego con ella me gusta demasiado y me he lanzado al vacío.
Nuestros labios se unen en un intenso baile durante varios minutos. Tenerla encima de mí es un placer absoluto, pudiendo acariciar su cuerpo a mi antojo, evitando la tela que nos separa y apartándola sin pensar.
Disfruto de cada rincón de su piel que voy descubriendo, de sus curvas y de cada una de sus caricias y besos. La ropa desaparece poco a poco, quedándonos en ropa interior. Se separa por un segundo, ya tumbadas, me observa y sonríe. Va directa a mi cuello, donde deja un pequeño mordisco que provoca que mi piel se erice:
—¿Estás segura de esto, preciosa? —pregunta sin dejar de besarme. Gimo cuando muerde mi hombro, antes de contestar.
—Muy segura —respondo, buscando su mirada—. Pero vamos a la cama, estaremos más cómodas.
Asiente rápidamente, nos levantamos de inmediato sin perder un segundo y corremos como dos niñas: entre risas, besos y muchas caricias. Además, la poca ropa que nos quedaba desaparece por el camino, ya no es necesaria.
Cada centímetro de mi cuerpo tiembla cuando se tumba sobre mí y acaricia mi piel. Se eriza por el simple hecho de mirarla y ver el deseo y los espasmos que me regala. Juego a mi antojo sobre su sexo, bajando el ritmo a punto de llegar y haciéndola suspirar y gemir de rabia. Dios, cómo me gusta verla así.

Dudo en algún que otro movimiento, la última vez que lo hice mi visión no estaba tan afectada. Sin embargo, en este momento, me guío por mis manos y sus gemidos, más que suficiente. Y, aunque sea difícil de creer, ahora es mucho más placenteros. El resto de mis sentidos se han agudizado más, tanto que, me da una idea al llegar su turno. Me levanto y busco un pañuelo en mi armario.

—¿Me vas a tapar los ojos? Quiero verlo… —ruega al verme. Está tumbada, así que aprovecho para sentarme sobre su cintura. Al sentir mi humedad gime— Joder…

—Quiero que, en nuestra primera vez, sientas lo mismo que yo —se incorpora, quedando muy cerca. Aprovecho para ponerle el pañuelo—. Es muy diferente a hacerlo con todos los sentidos…

—¿Diferente? —cuestiona.

—Es la primera vez que lo hago sin el sentido de la vista.

Le explico que, al estar a oscuras, con la poca luz que entra de la tarde, no es suficiente y prácticamente voy a ciegas. Entiende lo que le digo y asiente.

—Si en algún momento quieres quitártelo, puedes hacerlo —le aseguro, acariciando sus mejillas—, solo quiero que lo pruebes.

Antes de que pueda decir nada, la beso, profundamente. Poco a poco, la situación cambia hasta que termina sobre mí. Está nerviosa, sus manos tiemblan levemente allí por donde pasan. Yo las presiono dándole mayor seguridad y permiso. No quiero dudas, quiero sentirla en todo mi ser.

Al llegar a mi sexo, levanto la cintura casi automáticamente, buscando más, gimiendo con sus caricias y los besos sobre el interior de mi muslo.

—Vale, ahora entiendo lo que dices —susurra antes de soplar en mi sexo, sus dedos juguetean con mi piel como quiere —. ¿Sientes eso?

—Ahá…

—Acabo de mojarme simplemente por acariciarte.

Quise hablar, decirle lo mucho que me ponía toda esta situación, pero no me dejó. Con un simple movimiento, encuentra mis labios, volviendo a besarnos. Esta vez, los besos son mucho más húmedos y sonoros. Toda la tensión empieza a desaparecer a través de suspiros, gemidos y algunos mordiscos, todo ello presagiando un nuevo e increíble orgasmo. El éxtasis prácticamente nos invade a la vez.

Caemos una al lado de la otra completamente rendidas, intentando recuperar nuestra respiración. Aprovecha para quitarse la tela de los ojos.

—¿Estás bien? —pregunta cogiendo una de mis manos, al notar mi silencio.

—Estoy muy bien —respondo antes de abrazarla—. ¿Cómo ha sido hacerlo con los ojos tapados?

—Toda una nueva experiencia —dice contenta—. Tenías razón, ha sido muy placentero. Es como si… —suspira—, como si la piel fuese más real —río—. ¿Me explico?

—Sí, prácticamente, cuando lo hacemos, nos guiamos principalmente por la vista y el tacto. Pero de este modo, incluso el oído se hace más presente.

—Cierto.

—Aunque, la próxima vez, espero que sea a plena luz. Con mis manos puedo hacerme una idea mental, pero deseo ver tu cuerpo y cómo tienes un orgasmo con mis propios ojos.

Se incorpora, dejando su cuerpo sobre el mío, mirándome y acariciándome.

—Así será, mi amor —suelta antes de besarme y abrazarme.

***

Después de varias horas y una buena ducha, Carolina me invita a cenar fuera. Una especie de primera cita como ella misma la denomina, aunque sin ningún tipo de lujos y restaurantes caros. Queremos algo normal, una cenita rica y volver a casa, con estar juntas nos conformamos. De hecho, al final, pedimos comida para llevar, aunque esta vez en su casa.

Al llegar, y antes de disfrutar de la comida, me la enseña. Para hacerlo mucho más fácil, enciende todas las luces, gesto que le agradezco enormemente. Intento quedarme con muchos detalles, con las distancias y colocación del mobiliario, esto me facilitará mucho las cosas.

—Tienes un apartamento precioso —apunto cuando nos sentamos para disfrutar de la cena—. Y, tienes razón, la enredadera te quedará muy bien, le dará un toque de color.

—La compraré mañana sin falta. Oye…

—Dime, preciosa.

—¿Te quedas esta noche conmigo?

—¿Quieres que me quede?

—Si, quiero dormir contigo.

—Pero no tengo pijama ni nada…

Le digo esto como una broma, para ver cómo reacciona. Tal y como imagino, responde con una mirada y una risa más que intencionada.

—No te hace falta pijama, preciosa —sonrío.

—Está bien, ¿será que tus brazos van a acogerme esta noche?

—Te acogerán y te protegerán cada día del resto de nuestras vidas, cariño, de eso no tengas dudas.

Definitivamente, Carolina tiene el don de dejarme sin palabras. Y, sí, aunque quise negarme en un principio, estoy totalmente enamorada de ella. Este sentimiento es simplemente maravilloso.

Capítulo 17

Carolina

Pasar el fin de semana al lado de Mónica ha sido realmente maravilloso. El viernes estuvimos de compras, la invité a comer y paseamos durante el resto de la tarde por la ciudad. Una media hora antes del atardecer, llegamos a los jardines para disfrutar del paisaje, momento que vivimos en silencio y abrazadas. El sábado decidimos pasarlo en casa, disfrutando de nosotras, conociéndonos, intimando. Aunque también disfrutamos de su talento con el violín. Me tiene embelesada. Sin embargo, nuestro momento favorito del día es irnos a dormir juntas.

El domingo, la invito a desayunar, aprovechando la mañana soleada. Por un momento, en la cafetería, me quedo mirándola, cada instante a su lado me parece mejor que el anterior.

—¿Estás bien, Carol?

—Sí, ¿por qué?

—No me quitas ojo —suelta con media sonrisa.

—Es que no puedo dejar de mirarte y pensar la suerte que tengo contigo —se sonroja al instante—, está siendo un fin de semana tan bonito que no quiero que termine.

—Es que hemos pasado muy buenos días.

Por un segundo, la tristeza me invade al pensar que estos momentos pueden llegar a terminar. Nuestra relación no es oficial aún, no hemos sacado el tema, y me preocupa que no siga adelante.

—Ey… —levanto la mirada al sentir sus dedos acariciando mi mano— ¿Por qué estás triste? Háblame.

—Es que… —suspiro, soltando todo el pesar—. Quiero que cada día sea así contigo. No quiero llegar a casa del trabajo y que no estés. O irme a dormir y que no estés a mi lado…

—¿Quién te ha dicho que no vaya a estar ahí? —la miro sorprendida—. Estaré siempre que tú quieras, cariño. Yo tampoco quiero que esto acabe, si es lo que te preocupa. Me haces muy feliz. Cada vez que me miras y me sonríes mi corazón late un poquito más rápido —sonrío, sintiendo eso mismo—. Nunca llegué a imaginar que alguien me querría tanto como lo haces tú.
—Puedes creerlo, porque es así. Y no voy a dejar de hacerlo… No sé cómo lo ves tú, quizás sea rápido, pero, ¿no te gustaría formalizarlo?
—Para mí no vamos rápido, vamos a nuestro ritmo —asiento, feliz de saber que pensamos lo mismo—. Y… me encantaría decir que la preciosa doctora Vasco es mi novia —bromea, haciéndome reír. Me siento un poco más cerca de ella, guardando su cara con mis manos.
—No sabes la suerte que tengo contigo.
—Aquí la única afortunada soy yo, te lo aseguro —suelta, antes de besarme—. Que sepas que soy de esas que va al trabajo a ver a su mujer, o a recogerla antes de salir. Pienso fardar delante de tu club de fans.
Las risas nos inundan por un momento, además, le admito que eso es algo que me encantará que haga.
—¿Carolina Vasco?
Escucho mi nombre en una voz muy familiar, una voz que no escuchaba hace tiempo. Me doy la vuelta y mis ojos se abren con sorpresa, no puedo creerlo.
—No puede ser —me levanto rápido—. ¿Cruz? ¿Eres tú?
—La misma que viste y calza —suelta chula, señalándose de arriba abajo.
—¡No puede ser! —nos abrazamos al instante—. ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?
—Más de quince años por lo menos. Joder —suelta, observándome—. No has cambiado nada, estás preciosa.
—Siempre me miraste con buenos ojos —apunto tranquila—. Además, no puedo no decir lo mismo de ti, sigues igual de guapa que la última vez que nos vimos.

—Zalamera —reímos, hemos sido muy amigas hasta que nos perdimos la pista.
Miro detrás de mí, Mónica nos mira con una sonrisa.
—Cruz, déjame presentarte —la rubia se levanta apoyada en su bastón, cosa que no pasó desapercibido para mi amiga—, ella es Mónica, mi pareja —no pude evitar sonreír al decirlo por primera vez—. Amor, ella es Cruz, mi mejor amiga de la universidad, estudiamos juntas.
—Un placer conocerte —dice Moni, tendiendo su mano. Cruz la corresponde con una sonrisa.
—Veo que no has perdido el tiempo, Vasco —ese tono bromista siempre la acompaña, aunque a veces se le va de largo—. ¿Qué pasó con la morena de ojos negros? La última vez que hablamos fue cuando compartiste una foto vuestra.
—Lo dejamos cuando la descubrí en mi cama con su mejor amiga. Es parte del pasado.
—Vaya… Al final tenía razón, debiste quedarte conmigo —apunta directa, sin pelos en la lengua, no puedo evitar rodar mis ojos.
—Eso también es parte del pasado.
—Lo sé, pero la doctora Vasco es difícil de olvidar —miro de reojo a Mónica, hay ciertos gestos que cree que no ve, pero está equivocada—. Oye, estoy de paso, mañana me iré de la ciudad. Me gustaría volver a recordar los viejos tiempos.
—Me encantaría, pero tengo planes con…
—No te preocupes por mí —dice entonces Mónica—. Yo prefiero volver a casa y descansar.
Su tono y sus gestos no me gustan, estoy segura que las palabras de Cruz le han molestado.
—¿Te encuentras mal? —cuestiono acercándome a ella.
—Un poco cansada, nada más —asegura, aunque no la creo—. Ve con tu amiga, yo me iré a casa.
Su actitud, extraña, no me tranquiliza. No es la primera vez que la presencia de Cruz me aparta de alguien. Pretendo insistir, pero la propia Cruz no me deja.

—Hazle caso a tu chica. ¡Solo serán unas horas! Te prometo que después de comer te la devuelvo —suelta, socarrona.
Veo como, a través de sus gafas de sol, Mónica la mira de arriba abajo.
—Más te vale —suelta con intención, aunque mi amiga se lo toma a broma—. ¿Te veo luego en casa?
—¿Estás segura de que no quieres venir?
—Vete, anda.
—Deja que te lleve a casa al menos.
—No, me voy andando, así me da el aire.
La miro interrogante, algo se me escapa entre sus palabras, aunque creo saber qué es.
—Venga, Vasco, que tu chica sabe cuidarse sola.
Me coge del brazo, entrelazando su brazo con el mío, echando a andar. No puedo evitar mirar a Mónica mientras nos alejamos. Ni siquiera he podido darle un beso, cosa que me fastidia.
Cruz siempre ha sido muy impulsiva, y egocéntrica. A la vista está. Lo sabe y se lo comenté más de una vez. Parece que los años no le han hecho cambiar, bueno, sí, a peor. Suelto su agarre cuando veo que mi chica baja su mirada.
—¿Te ocurre algo?
—¿Qué coño pretendías?
—¿Yo? Nada.
—¿Te crees que nací ayer? Intentabas darle celos, y no me lo niegues. Nos conocemos demasiado.
—Te mereces algo mejor, Carolina —me paro en seco.
Ha sido mi mejor amiga de la facultad y todo lo que quiera, pero no le pienso permitir que le falte el respeto, y mucho menos que la trate con esa actitud tan altiva. Debí pararla antes y rechazar su propuesta.

Capítulo 18

Carolina

—Vale… —susurro, tocándome el puente de la nariz—, ya veo que esto no es buena idea.

—Oh, venga ya, ¿qué es lo que he dicho ahora?

Lo peor de todo es que cree su propia inocencia.

—Que merezco algo mejor, Cruz, ¿te parece poco? —añado enfadada—. Y te puedo asegurar que no es así. Mónica es una mujer maravillosa, fantástica, y me hace muy feliz. Si has hecho esto para darle celos, hacerle daño y aprovecharte para hablar mal de ella, además de decirme lo que merezco o dejo de merecer…mejor lo dejamos.

—Bueno, tranquila, era una broma, joder.

Ya, claro, como si no la conociera.

—Pues déjalo ya, no eres una niña.

—Veo que tu carácter de mierda no ha cambiado —suelta, cruzándose de brazos, incluso parece indignada.

Suelto una risa nasal, que la obliga a mirarme.

—Tu egocentrismo tampoco y no me quejo —rebato, cabreada—. Mira, me alegra verte, y recordar viejos tiempos, pero es mejor que vuelva.

—Venga, Vasco, solo es un paseo —me pide, acercándose—. Te prometo que no diré nada más.

—Es que, si vuelves a decir algo, no me quedaré quieta —en alguna que otra ocasión, por su forma de ser, tuve que soltarle un bofetón. Y no me temblará la mano si tengo que repetirlo, lo sabe.

—¡Tranquila, doctora! Joder… ¿Qué te parece si, para disculparme, os invito a comer? Pillamos algo y volvemos a casa con tu chica, así la conozco un poco más.

Su mirada y su intención no me convencen, aun así, acepto.

—Está bien, voy a avisarla.

Mientras caminamos en busca de un buen restaurante, le envío un mensaje a Mónica. Estaríamos con ella en menos de un par de horas. Contesta con un simple emoji, lo que me hace suponer que sigue enfadada. Y no la culpo. No sería la primera, aunque sí la última, con la que me tengo que disculpar por culpa de Cruz. A veces parece que no aprendo.

Mónica

No conozco a Cruz, y tampoco me hace falta. Con lo poco que he presenciado me ha bastado. Y no soy ese tipo de personas que se dejan llevar por las primeras impresiones, pero esta vez me lo ha puesto difícil. Y es que no es solo la manera de hablarle a Carol, las insinuaciones… sino por esas miradas hacia mi persona. Sé que pensaba que no la veía, sin embargo, estaba equivocada, muchísimo.

Dejé que se marcharan juntas, de hecho, casi se lo ruego. Necesitaba calmarme después de ese encuentro. Ver cómo se pegaba tanto a ella me sentó mal, para qué negarlo. Mis miedos volvieron y necesitaba dejar de mirar. Pagué el desayuno y volví a casa.

Por el camino, me llegó el mensaje de que vendrían a comer, invitaba Cruz.

—¡Qué bien! —pensé con ironía—. Justo lo que deseaba.

Unos minutos antes de las tres, llamaron a la puerta. Abrí y me aparté para dejarlas pasar. Llegaron riéndose, escena en la que no intervine.

—Hola, amor —Carolina se acerca y me besa.

—¿Cómo ha ido vuestro paseo? —pregunto, algo incómoda por la presencia de su amiga, mientras acomodo la mesa.

—Muy bien —contesta Cruz—. Volver a verla siempre es un lujo, tienes mucha suerte de tenerla.
—En esto sí que estoy de acuerdo contigo —suelto, con doble intención, sé que no piensa parar para saber hasta dónde soy capaz de llegar, lo he leído en su mirada.
—Y yo no conseguí ni un triste beso en la universidad…
—¿Otra vez? —suelta Carol— Oj, de verdad, estás muy pesada eh. Eres mi amiga, y nada más. Así que déjalo ya.
—Parece que le calaste hondo —escupo, dejando un par de golpecitos en su hombro antes de irme a la cocina. Una insinuación más y no respondo de mis actos. Creo que ya estoy aguantando demasiado.
Pocos segundos dura mi soledad, ya que mi chica me sigue. Antes de salir con los platos, se interpone en mi camino.
—¿Me vas a decir ya qué te pasa?
—No me ocurre nada —digo, encogiéndome de hombros.
—Ya, ve a otra con ese cuento —intento salir, pero me lo impide —. Mónica…
—No me gusta tu amiga —susurro, para que no pueda escucharnos desde el salón—. Ni una pizca. No me gusta ella, ni sus insinuaciones ni sus miradas. Y no sé si aguantaré mucho más sin decirle nada.
—Siento eso —susurra, agachando la mirada, sé que ella no tiene culpa de nada—. Se lo he dicho, te lo aseguro. Toda la vida ha sido así, yo no…
—¿Cómo seguís siendo amigas?
—Lo fuimos en la universidad, nada más. Estuvo en algunos momentos duros para mí. Ella daba mucha caña y yo frenaba sus locuras. De algún modo nos complementábamos. Es su forma de ser y por lo que veo no ha madurado ni un poquito.
—No sabe que puedo verla, ¿cierto?
—No.
—No se lo digas, quiero ver hasta dónde llega.
—¿Te quedas más tranquila? —pregunta, acunando mi cara.
—Lo suficiente. Pero no lo estaré del todo hasta que no se vaya de mi casa —sonríe, yo también lo hago.

—Te compensaré por esto, te lo prometo —dice antes de besarme—. Te quiero a ti, y a nadie más, que no se te olvide nunca.
Volvemos al salón con los platos y los cubiertos. Cruz me observa en cada uno de mis movimientos.
—¡Qué bien te manejas sin bastón!
—Bueno, lleva su tiempo…
—¿Puedo preguntar?
—Glaucoma.
—Vaya, lo siento.
—Tranquila, ya es parte de mi vida.
No deja de preguntar durante toda la comida. Le contamos cómo nos conocimos y alguna que otra cosa de los últimos días. Durante la sobremesa, se sienta junto a Carolina, más cerca de lo que me gustaría. Hablan de la universidad, de las fiestas y de algunos acontecimientos de sus vidas… hasta que posa una de sus manos en el muslo de mi novia. En ese momento me levanto y recojo la mesa, instante que aprovecha para bajar la voz y acercarse más, pensando que no soy consciente de lo que hace.
—¡Para ya! No hagas eso —le pide Carol, incómoda, lo noto en su voz.
—¿Es que no te gusta?
—Joder, no. No quiero nada contigo, ¿es que no te entra en la cabeza?
—Entiendo que antes no, y que te fueses con la morena aquella. Pero ahora no me puedes comparar, yo puedo darte mucho más.
—La que voy a darte voy a ser yo como sigas por ahí, estúpida —pienso mientras vuelvo con ellas.
Repite el gesto con su mano, esta vez mucho más cerca de su intimidad. Veía la incomodidad de mi chica y que, por mucho que apartase su mano, ella volvía. Ahora sí, mi paciencia estaba más que agotada.

Capítulo 19

Mónica

—Aparta tus manos del muslo de mi chica —suelto desde la puerta del salón, mirándola y cruzando mis brazos sobre mi pecho—, porque si lo hago yo, no será de manera suave, te lo aseguro.
Su expresión cambia radicalmente. Se queda prácticamente blanca. De hecho, no la quita por la falta de aire al quedarse sin respiración.
—Ostias…
—Sí, se están rifando y tienes todas las papeletas.
—Será mejor que te marches, Cruz —le pide Carolina, levantándose de su lado.
—Sí, es lo mejor —sigo yo.
Tiene que pasar por mi lado para poder salir. Justo cuando se acerca, cabizbaja y sin decir nada, temerosa por mi reacción, cojo el bastón que tengo cerca y le corto el paso. Se detiene antes de poder rozarlo:
—Entiendes que, cuando una persona te dice que no, es que no, ¿verdad?
—S-sí…
—La próxima vez que quieras tomarle el pelo a alguien como yo, piénsatelo dos veces. ¿Estamos? No eres una cría para ir andando con estos juegos. No somos tan idiotas como piensas —no me responde, así que la miro directa—. ¿Me has entendido? —se asusta cuando alzo la voz y asiente rápidamente—. ¡Lárgate!
En cuanto aparto el bastón, se marcha sin decir nada. Me vuelvo hacia Carol, la descubro tapándose la boca y aguantando la risa. Llego a entender que la situación sea graciosa.
—Sí, ríete, pero hoy duermo sola.

—¿Qué? ¡Yo no he hecho nada!
—Efectivamente. No has hecho nada. Debiste apartarle la mano y echarla a la primera, más sabiendo que yo estaba presenciando todo.
—Intenté apartarle la mano, pensé que lo dejaría… Era todo muy incómodo.
—¿Y para mí no ha sido incómodo? —la encaro, enfadada.
—Lo siento, de verdad…
—Sé que lo sientes, pero creo que mi enfado tardará un poco en irse.
—¿Puedo hacer algo?
—Solo necesito espacio.
Intenta ofrecerse a terminar de recoger, pero le pido que no lo haga. Después me ayudará a pensar y relajarme mientras limpio. Asiente, coge sus cosas y sigue el mismo camino que su amiga.
—Lo siento, pero no me voy a ir sin darte un beso.
Guarda mi cara entre sus manos y me besa rápidamente. Al segundo se marcha. Que respete este pequeño espacio y tiempo me hace darme cuenta de lo afortunada que soy de tenerla. Quizás, otra persona habría insistido tanto hasta llegar a agobiarme.
Tras tener todo recogido, me pongo a tocar el violín, es lo único que me hace calmar en situaciones de estrés o nerviosismo.
Tengo la suerte de tener unos vecinos que adoran mi música, unos más que otros, y que me escuchan sin queja alguna. Me costó una reunión vecinal con ellos para acordar ciertas horas y, gracias a ello, tengo mucho tiempo para practicar en el día sin molestarlos.
Al finalizar, busco mi teléfono y mensajeo a Carolina, he grabado algunas piezas y no dudo en mandárselas. Sé que le encantan y es mi modo de volver a encauzar toda la situación.
—*Llamada entrante de Sexy* —avisa Siri mientras comienzo a preparar la cena, pocos minutos después.
—Hola… —saludo, en primer lugar.
—*Hola, acabo de escuchar las piezas, son preciosas.*

—Gracias…
—*Siento lo de antes* —su voz suena triste, más que antes—. *Debí pararla de una y no supe cómo.*
—Tranquila. Me he puesto en tu lugar, y quizás habría actuado de manera similar. Es una situación complicada. No te culpo de tus actos.
—*Yo también me he puesto en tu lugar, y si llego a ser tú, se hubiese llevado un bofetón* —sonrió—, *no sé cómo te has contenido*.
—Bueno, he reaccionado de la mejor manera posible. He pensado incluso que me pasé con la amenaza…
—*No, tranquila, hiciste bien. Mantuviste las formas, quedaste por encima. Y por eso te quiero tanto.*
—No quería rebajarme a su nivel.
—*Cariño, no te llega ni a la suela de tus zapatos*.
—¿Has hablado más con ella?
—*Le mandé un mensaje, diciéndole que se había pasado y demás. Pero no llegó a contestar. Lo prefiero, a decir verdad.*
—Pues sí, no tiene edad para hacer esas cosas.
Un silencio cómodo se instala entre las dos durante los siguientes segundos, hasta que ella vuelve a hablar.
—*Entonces… ¿no vamos a dormir juntas hoy?* —insinúa, sé que con una sonrisa en sus labios, aunque no la esté viendo.
—No te lo mereces, ¿sabes?
—*Por favor…*
Su ruego me derrite y al mismo tiempo me hace reír. Una risa que me aguanto mientras me acerco a la puerta. Lleva casi desde el inicio de la llamada al otro lado, en el descansillo.
—*¿Sigues ahí?* —estoy a punto de reírme, así que abro la puerta de golpe, dejándola sorprendida—. Pillada total.
—Este edificio tiene mucho eco, deberías saberlo —apunto, riendo a carcajadas—. No debería dejarte pasar, ¿qué haces aquí?
—Pues, para serte sincera, venía a darte esto, disculparme y pasar la noche juntas.

Levanta la mano, descubriéndome dos rosas rosas de las que no me había percatado. La miro y ahora es mi boca la que se abre de par en par. Suspiro al mismo tiempo que me sonrojo.
—¿Eso es un «puedes pasar, cariño»? —media sonrisa aparece en mi gesto, mi mirada se oscurece de inmediato.
—Sí, siempre y cuando termines entre mis piernas esta noche —suelto, con voz ronca y directa.
—Joder, rubia —da unos pasos hasta estar pegada a mi cuerpo —, ese lado tan seductor me flipa.
—No te lo mereces, eh…
Intento aguantar las ganas de sexo que me produce con cada caricia y cada mirada. Sus labios en mi cuello y sus besos húmedos no ayudan.
—Por eso voy a compensarte —susurra sobre mi piel—. Te doy a elegir.
—Pues estaba preparando la cena, pero he cambiado de preferencias —suelto, observando su voluminoso pecho subir y bajar con rapidez por la excitación.
—Muy bien… esto está hecho —responde, mordiéndose el labio inferior. Le encanta tanto como a mí.
—Ven, vamos a jugar a algo.

Capítulo 20

Carolina

Cuando Moni me explica el juego, sonrío y me excito mogollón. La bomba, como ella lo llama, consta de una cuenta atrás que lo único que va a provocar es que las dos acabemos perdiendo la paciencia. Diez minutos de besos, caricias… sin poder penetrarnos hasta que ese tiempo acabe.
—No sé si voy a aguantar tanto sin tocarte —admito, entre risas y besos.
—Yo tampoco, pero eso es lo divertido, probarlo —añade, alzando las cejas.
Me lleva hasta su dormitorio y, en cuanto me besa, comprendo que la bomba ya ha empezado su cuenta atrás.
—Esto va a ser complicado, y rastrero.
—Es un buen castigo…
Su mirada, sensual y directa, hace que me moje al instante.
—Joder, no voy a poder aguantar.
Empieza a desnudarse lentamente. Primero la camiseta y el sostén, a continuación, el pantalón y las bragas. Se tumba boca arriba en la cama y, bajo mi atenta mirada, abre las piernas lentamente. Dejando ver la humedad que recorre cada uno de sus pliegues. Muerdo mis labios, sin dejar de mirarla.
—¿Aceptas el juego?
La estampa me deja en blanco por unos segundos, hasta que su risa me saca de mi ensoñación.
—Desnúdate, Vasco —me ordena.
Como si fuese un robot, le hago caso de inmediato. Me quito la ropa con toda la rapidez que puedo, no puedo estar más desesperada en este momento. Ella no para de sonreír.
—Te estás divirtiendo demasiado, rubia.

Apunto, tumbándome sobre ella y besándola con furia, empujándola y echándola hacia atrás hasta que su espalda se pega al colchón. Su piel y su sexo se adhieren al mío como un puzle que encaja a la perfección.
Veo como activa la cuenta atrás en su reloj, cada segundo que pasa, mi sexo se moja más. Decido bajar por su cuerpo, besando y lamiendo a mi antojo hasta llegar a su intimidad, donde decido quedarme. Sin embargo, antes de que pueda lamerlo, me frena.
—Ah, ah, todavía no.
—Uf, me vas a matar —suelto, mirando más a su sexo que a ella—, ¿es que no te cuesta? —pregunto, incorporándome.
—Pues claro, no soy de piedra, estoy deseando sentirte, pero hay que cumplir las reglas del juego —susurra, apretando mis glúteos con sus manos—, solo un poco más, Carol, dejaré que hagas lo que quieras conmigo.
Un suspiro se escapa de mi garganta antes de que vuelva a besarme y acariciarme con lentitud. Poco a poco, los minutos pasan, los más largos y los más excitantes de mi vida, para qué engañarme.
Cuando el reloj suena, la miro a los ojos y su sonrisa es más que suficiente. Mis dedos vuelan a su sexo, al igual que los suyos al mío. El simple roce nos hace gemir a ambas. Estamos demasiado mojadas, tanto que no aguantamos. Introducimos un par de dedos casi al mismo tiempo. Estamos tan excitadas que, en cuestión de un par de minutos, terminamos casi a la vez. Yo me adelanto, casi sin poder evitarlo.
Acabamos la una al lado de la otra, intentando recuperar la respiración. Sé que no termina aquí, porque estoy deseando estar entre sus piernas. No pienso soltarla en toda la noche, hasta que ambas estemos saciadas.
Un te quiero es lo último que ambas oímos en esa madrugada, un te quiero mutuo que hace que nuestros cuerpos se acurruquen y se queden dormidos, felices, satisfechos, amándonos como nunca antes.

***

A la mañana siguiente, a primera hora, vamos al hospital para quitarle los puntos de la frente. Prácticamente están sueltos y la herida perfecta, no obstante, el doctor prefiere verla para cerciorarse de que todo está bien, gesto que le agradezco. Tras un breve chequeo, tarda poco en dejarla ir.
—Está estupenda, señorita Molina. Está recuperada. Siga cuidándose así de bien, en pocos días estará al cien por cien.
—Lo haré, gracias por todo.
Pretendo salir con ella, pero el doctor me pide una consulta. Nos despedimos brevemente, Mónica marcha para comprar algo de comida y luego encontrarnos.
—Antes de las dos estaré en casa —susurro antes de besarla y cerrar la puerta.
—Os veo bien… —suelta mi compañero, con una sonrisa.
—Lo estamos —admito contenta—, dime, ¿qué necesitas?
Me cuenta que, al tratar a Mónica y leer su historial, conoce más a fondo todo lo que acontece a su vida. Sabe más aún sobre su glaucoma y, aunque no es su campo, está al tanto de nuevos estudios que se están realizando, así como proyectos experimentales y nuevas operaciones. No duda en contarme las nuevas pruebas que le llegan y, cómo pacientes con historial parecido al de ella, se han recuperado y vuelven a ver. La mayoría tienen un resultado bueno, sin embargo, es sincero y admiten que no todos han llegado a buen puerto, cosa que agradezco.
—Supongo que me cuenta todo esto porque Mónica podría ser elegida, ¿verdad?
—Así es. Dado que eres tu pareja, pensé que sería mejor que tú se lo cuentes. Si quiere seguir, podría hablar con uno de mis amigos, inmerso en el proyecto. Le pasaríamos su historial de inmediato. El único contra es que todo el tratamiento y la operación se realiza en Estados Unidos, pero creo que merece la pena el viaje.
—Lo hablaré con ella. La última decisión es suya —asiente, conforme.

—No hace falta que me respondáis ya, que se tome el tiempo que haga falta para pensarlo. Es una decisión complicada de tomar.
Asiento y me despido de él. Le agradezco enormemente que piense en ella y confíe en mí para contarle todo.
Estoy feliz por recibir esta noticia. Quizás podría ser un antes y un después en su vida, pero no sé cómo reaccionará.
Decida lo que decida, tanto como seguir adelante como no, estaré a su lado, es lo único que tengo claro.

Capítulo 21

Mónica

Desde que Carolina ha llegado del hospital, tengo una sensación extraña. Es como que quiere decirme algo, pero no termina de atreverse. De hecho, suele hablarme de todo sin tener que preguntarle, y hoy ha sido al contrario.
Nada más sentarnos en el sillón después de comer, cojo sus piernas y las poso sobre las mías, acariciándola para calmarla, algo la irrita. Le pido que ponga algo en la tele, pero ni siquiera en esto es capaz de elegir en este momento.
Viendo que no avanza, decido quitarle el mando y apagarla.
—Vale, se acabó. ¿Se puede saber qué te pasa?
—Nada…
—Venga, Carolina, joder. No paras quieta, no hablas. Solo suspiras. ¿Qué ha pasado en el trabajo?
—No, bueno, no tiene nada que ver con el trabajo en sí.
—¿Entonces? —se incorpora y se queda a mi lado—. Habla conmigo, cariño…
Le permito unos segundos más, lo suficiente para que se decida y empiece a hablar.
—¿Recuerdas que el doctor me ha parado al terminar contigo?
—Ahá…
—Quería comentarme algo importante, algo que tiene que ver contigo.
—¿Conmigo?
—Después de todo lo ocurrido, ha ojeado tu historial y lo ha revisado con calma… Al parecer, él está muy al tanto de las operaciones y proyectos experimentales, de cualquier campo, es algo que le gusta y está informado al respecto. Tiene a antiguos compañeros inmersos en uno nuevo. Me ha dicho que, un buen amigo suyo, está estudiando el glaucoma y diagnósticos

parecidos al tuyo. Están en fase experimental, con primeras operaciones, pero que, del total, un noventa por ciento ha recuperado gran parte de la visión, algunos incluso han vuelto a tener la misma vida que antes del diagnóstico.
—¿Qué quieres decir con esto?
—Que, si tu quieres, podemos mandar tu historial. Podrías ser una de las pacientes del estudio. Encajas a la perfección con lo que buscan.
—¿Tu quieres que yo me opere?
—Yo solo te informo. Si seguimos adelante o no es decisión tuya. Yo, sea cual sea la respuesta, te apoyaré. Te quiero tal cual eres Mónica, tenlo muy claro.
Esto es algo que no esperaba, una noticia que jamás llegué a imaginar que tendría en las manos. Suena muy bien, demasiado. Aunque tiene buenos resultados, tengo mis dudas.
—Tranquila —coge mis manos al notar mi nerviosismo—, no tienes que decidir nada ahora. Tómate el tiempo que necesites para pensarlo con tranquilidad. Aparicio cree que te puede mejorar mucho la vida, y yo pienso igual. Son oportunidades que pocas personas pueden permitirse.
—¿Y si no funciona?
—Todo seguirá como hasta ahora —aparto la mirada y asiento sin más—. ¿Puedo ser sincera contigo?
—Por favor.
—En pocos meses perderás la vista por completo. Si la operación no resulta, llegará. Pero si todo va bien, podrías recuperar tu visión casi o por completo. Como doctora, no pierdes nada por intentarlo.
—¿Y como mi pareja?
—Como tu pareja, solo quiero que seas feliz, y que te sientas bien contigo misma. Es una gran oportunidad. Pero decidas lo que decidas, yo no voy a presionarte. Si quieres hacerlo estaré a tu lado, y si no también —sonrío, sé que habla totalmente enserio—. El único inconveniente es que el estudio se realiza en Estados Unidos, pero sería un gran viaje juntas si decides seguir adelante.

—Necesito pensarlo, Carol —asiente, comprendiéndolo—. ¿Puedes pedirle toda la información de ese estudio a Aparicio? Me gustaría leerlo con tranquilidad y tomar la decisión con todas las bases.
—Claro, mañana mismo la tendrás.
Aparto mi mirada de la suya y apoyo todo mi cuerpo en el sillón, soltando todo el aire que llevo dentro. Tengo tantas dudas, que no sé ni por dónde empezar. Por un lado, es una grandísima oportunidad, no hay que ser ciega para darse cuenta. ¡Vaya gracia! ¿Verdad? Por otro, tengo miedo a esa operación, aunque más de lo que ya he perdido…
Carolina se incorpora y se sienta a horcajadas en mis piernas. No pierde un solo segundo antes de abrazarme y quedarse junto a mí hasta que me calmo un poco. Estoy apoyada en su pecho, inhalando su perfume y sintiendo cada latido de su corazón. La tranquilidad y la paz que me transmite es indescriptible.
—¿Crees que soy idiota por no aceptar a la primera?
—No, no lo pienso. Es normal que quieras darle unas vueltas, saber a lo que te podrías enfrentar —acuna mi cara entre sus manos—, debes tomar la decisión que sea buena para ti, que tú quieras. No debes obligarte si no es lo que quieres, ¿vale?
Asiento, sintiendo cómo las lágrimas se derraman por mis mejillas. Ella las limpia, con suavidad, besando el rastro que dejan.
—Tómate tu tiempo. Decidas lo que decidas, te apoyaré. Si es un no, nos olvidaremos del estudio y seguiremos con nuestra vida.
Sus palabras me reconfortan más de lo que podría imaginar.
—Te quiero —suelto, abrazándola y escondiéndome en su pecho.
—Y yo a ti mi vida, no sabes cuánto.
Como de costumbre, sus caricias y sus besos consiguen calmar mis nervios. Aunque mi cabeza no va a dejar de darle vueltas al tema durante los próximos días. Tengo miedo, pero, ¿y si va

bien? ¿Y si recupero la vista? Una oportunidad así no se presenta todos los días.
Necesito tener todos los datos en mi mano y pensarlo con detenimiento. Una vez lo tenga claro, tomaré una de las decisiones más difíciles de toda mi vida, una decisión de la que espero no arrepentirme.

Capítulo 22

Carolina

Han pasado varios días desde que le transmití toda la información del tratamiento a Mónica, Aparicio me pasó varios documentos con todo lo indispensable. Sin embargo, no hemos tocado el tema aún. La veo ojear esos documentos día y noche desde entonces, pero no pienso presionarla, sé que necesita tiempo y pienso dárselo.

Nuestra vida ha seguido adelante, ella enfrascada en esos papeles y en su trabajo, yo en el mío y en las infinitas horas de guardia que he tenido que hacer, además de revisar expedientes, enseñar a alumnos de prácticas y estudiar algunos nuevos avances que nos siguen llegando. Así que, aunque en el mismo espacio, hemos seguido avanzando.

El viernes, después de toda una mañana de operaciones y alguna que otra revisión, decido que es bueno salir antes, darle una sorpresa y comer juntas. El sol nos acompaña en el día de hoy y quiero aprovecharlo. Pero es ella quién me sorprende. Al salir del hospital, la veo rodeada de varias enfermeras que están en turno de descanso. Sonrió, sé que me ha visto, pero no dice nada. Así que aprovecho para acercarme en silencio.

—Hola… —saludo, sugerente, justo detrás de ellas. Se giran rápido al oírme, abriendo el círculo— .Veo que estás muy bien acompañada —me acerco y la beso, mirando de nuevo al resto — ¿Descansando, chicas? Paula, una de ellas, es la única que se atreve a responderme, como ya es costumbre.

—Así es, hemos salido para tomar un poco el sol y nos hemos acercado para preguntarle cómo está —añade mirando a Mónica —. Ya nos ha dicho que está al cien por cien, y nos alegramos muchísimo.

Mónica, al notar que el resto siguen calladas y que, incluso, evitan mi mirada, decide soltar lo que piensa:

—Es increíble el poder que tienes para callar a las chiquillas.

—Pues no hago nada —digo, sincera, encogiéndome de hombros.
—Las pones muy nerviosas —las miro y compruebo que es así, enrojecen incluso.
—Pues no es mi intención —reitero—. Yo solo quiero trabajar con ellas como hago con el resto. A veces pienso que he podido meter la pata en algún momento y que por eso se tensan al verme —creo que más sincera no he podido ser, realmente es lo que pienso desde el principio.
—Eso… eso no es verdad —suelta una de las chicas—, es cierto que impone —abro mis ojos sorprendida por su sinceridad, alguna incluso la mira con intención de que no siga—. Pero no es porque haya hecho algo mal, al contrario. Es la mejor de este hospital, para nosotras. Solamente nos gusta estar atentas a lo que nos enseña, intentando aprender todo lo posible, quizás de ahí el silencio.
—¿Y la tensión? —me atrevo a preguntar—. ¿Tanto impongo?
—Bueno, eso te lo puedo responder yo —suelta Mónica con una sonrisa—. Eres una mujer preciosa, inteligente, divertida… Hasta yo, en ocasiones, me tenso al tenerte cerca —todas reímos, inevitablemente.
—Está bien saber que no he hecho nada malo, y que estáis aprendiendo de mí. Espero de verdad que, después de esta charla, esa tensión se vaya disipando y estéis más cómodas. Me gustaría conoceros un poco más y, por favor, habladme y preguntarme cosas, no me gusta ese silencio tan extremo.
—¡Tú lo que quieres es enterarte de todos los chismes del hospital! —Mónica vuelve a hacerlas reír, gesto que le agradezco rodeándola por la cintura mientras reímos. Sé que estas intervenciones alivian esa posible incomodidad.
—Bueno, vale, eso también —sonreímos—. ¿Me prometéis que vais a intentarlo?
—¡Por supuesto! Claro —responden una tras otra.
—Estupendo —miro a Mónica, que las señala con el dedo.
—Cuidádmela, eh.

Todas asienten antes de despedirse y volver al trabajo. Nosotras emprendemos nuestro camino y salimos de las instalaciones del hospital agarradas de la mano.
—Gracias, has sido de gran ayuda ahí —apunto, apretando el agarre.
—Bah, no es nada cariño.
—No te esperaba aquí, pretendía ir a buscarte para comer juntas —añado.
—Lo mismo pensé yo, hace tan buen día… y mañana no trabajas. Así que podemos tener una tarde tranquila fuera de casa.
—Acertaste de lleno —digo sonriente antes de besarla.
Paseamos durante pocos segundos, me para antes de poder cruzar la calle.
—Hay algo que quiero decirte.
—Claro, ¿ocurre algo?
—Quiero que hables con Aparicio —sonrío al escucharla—, creo que la operación puede ayudarme bastante si me aceptan, me he leído cada documento mil veces y creo que es una oportunidad que puede que no se vuelva a dar. Si funciona y recupero la vista, será un auténtico milagro. Y sino, bueno, lo habré intentado.
Me acerco para volver a besarla, contenta por lo que acaba de decirme.
—¿Estás del todo segura?
—Si, y no solo he pensado en mí —alzo mis cejas sorprendida—. Formas parte de mi vida, y aunque sé que estás dispuesta a pasar por todo esto conmigo, creo que tanto mi vida como la nuestra mejorará mucho si el resultado es positivo.
Agacha su cabeza por un momento y, por primera vez desde que la conozco, se quita las gafas en la calle.
—Quiero poder verte bien, Carolina. Quiero que todo sea más fácil, evitar preocupaciones innecesarias. Quiero no tener vergüenza al quitarme las gafas.
—Lo sé, mi vida, todo es más fácil de lo que tu imaginas. Sé que me preocupo por ti, quizás demasiado, pero no puedo

evitarlo. Te quiero y quiero lo mejor para ti. Pero eso no significa que sufra, ¿vale? Estás muy equivocada si piensas eso. Y, escúchame —coloco mis dedos en su mentón, obligándola a mirarme—, no tienes nada de qué avergonzarte. Eres increíblemente preciosa. Y si alguien no sabe apreciarlo, pues eso que se pierde —sonríe y me besa enseguida.
—Te quiero.
—Y yo a ti, rubia.
Nos abrazamos durante unos largos segundos, la decisión está tomada.
—¿Sabes qué?
—¿Qué?
—No vamos a perder un segundo, volvemos al hospital.
Mónica me mira interrogante.
—Aparicio tiene turno de tarde, me lo he cruzado poco antes de salir. Cuanto antes empecemos con todo el proceso, mejor. Si tú quieres, claro.
Me mira, observa el camino al hospital y sonríe antes de darme la mano de nuevo.
—Vamos, creo que ya he perdido demasiado tiempo mientras lo pensaba.
Acaba de tomar una de las decisiones más difíciles de toda su vida. Y no solo pensando en ella, también en todos aquellos que la rodeamos. Sobre todo, esto último.
Mónica es una mujer inigualable, aunque la vida le ha puesto miles de dificultades, ella ha sido capaz de darle la patada y seguir adelante, y lo mejor es que está dispuesta a dar ese impulso para ayudar a los demás.
Tiene un corazón que no le cabe en el pecho, a veces pienso que no la merezco, o que he tenido que hacer algo muy bueno en otra vida para tenerla a mi lado.
Toda dar un paso al frente, esta vez de la mano, y luchar todo lo que podamos para que su caso sea aceptado y puedan operarla. No vamos a dejar de intentarlo hasta que eso ocurra.

Epílogo

Un año después

Mónica

El pasillo huele a desinfectante, los pasos rápidos se oyen al final. Las ruedas de un carrito me acompañan justo detrás.

Camino del brazo de Carolina, rumbo a la consulta. Aparicio y Gómez nos esperan para el paso final, quitar la venda de mis ojos y comprobar que todo lo acontecido en el último año haya servido de algo.

Finalmente, me concedieron el honor de participar en el estudio. Han sido semanas de estudios, análisis y pruebas suficientes que los médicos mandaron antes de dar el visto bueno.

Ahora estoy aquí, de vuelta en España, en el hospital de siempre, con el amor de mi vida acompañándome y con el apoyo de todos los que nos quieren.

—No pensaréis hacerlo sin mí, ¿verdad?

La voz de Soledad me hace sonreír, su brazo toca mi espalda con calma y se une a nosotras entre risas. No ha parado de mensajearnos ni un solo día y, en cuanto supo que hoy era el día, no dudó en apuntarse. Y se lo agradezco, está desde el principio en todo esto y es un apoyo más.

Sé que más médicos y enfermeras nos observan al pasar, Carolina saluda a cada uno de ellos. Yo estoy tan nerviosa que lo único que hago es caminar y sonreír. En pocos minutos tendré tiempo de saludarlos y verlos, por fin, o eso espero.

—¿Nos dejas un momento? —le pide Carolina a Sole.

—Por supuesto.

Oigo sus pasos hasta el final del pasillo, instante en el que se coloca frente a mí.

—¿Estás preparada?

—Llevo preparada desde que dije que sí a toda esta locura.

—Sabes que podemos encontrarnos con dos resultados… Aunque la operación haya ido bien, todo debe asentarse por sí solo.

—Sí, lo tengo en mente desde el principio. Soy consecuente con todo desde el inicio.
—Bien… Pues vamos allá.
Dos toques en la puerta son suficientes para que los doctores nos den paso. Nos saludamos con rapidez, llevamos mucho juntos y hace pocos días de la última reunión.
—¿Cómo te encuentras, Mónica? —Gómez pregunta directo, no se anda por las ramas.
—Estupendamente bien, los últimos días han sido muy normales. Nada de dolor, ni escozor, nada de nada…
—Hemos hecho todo lo que nos pediste, he limpiado las gasas y cambiado la venda para evitar cualquier tipo de infección.
—Perfecto, eso es perfecto —apunta, optimista—. Pues vamos al grano. Siéntate en la camilla.
La morena me acompaña y me acomoda. Aunque conozco la sala, me ayuda y se lo agradezco del corazón. No han sido unos meses fáciles, ha habido días en los que mi comportamiento no ha sido el mejor. Me estresé mucho, la ansiedad me superó en algunos momentos, pero ella no se ha separado y, de verdad, es lo mejor que me ha pasado en la vida.
—¿Quieres hacer los honores? —le pregunta a Mónica
—Si a ella no le importa…
—Por favor, hazlo ya —suelto desesperada, haciéndolos reír.
Noto cómo poco a poco la venda desaparece de mi cuerpo. La luz, al principio, es tenue. Un pequeño resplandor que se va filtrando por los bordes del vendaje mientras la quita. Aprieto los dedos contra la camilla, sintiendo cómo mi respiración se acelera por momentos.
—Respira, amor —susurra—. Poco a poco.
El velo cae al suelo. Mis ojos están abiertos. Los colores no tienen forma, hay manchas que no sé nombrar. Poco a poco, sin forzar, todo se empieza a alinear. La luz ya no es molesta, las formas se aclaran. Y así, como si nada, la nitidez vuelve. Jamás imaginé que la echaría tanto de menos.
Miro justo enfrente. Ahí está ella. De pie. Con una sonrisa y con los ojos llenos de lágrimas. La mujer de mi vida.

—Hola… —susurro, temblorosa.
Siento cómo el corazón se me detiene por un instante. La reconozco antes que a cualquier otra cosa.
—Puedo… —trago saliva—. Puedo verte.
Da pasos hacia delante hasta que está a mi lado. Se inclina, cogiendo mis manos, también temblorosas.
—Amor, estoy aquí, mírame bien.
Lo hago. Veo su rostro más nítido que nunca. Fue como recordar de golpe todo por lo que había luchado en este proceso. Jamás imaginé que esa sonrisa podría ser más preciosa de lo que recordaba.
Apoya su frente contra la mía, sonriente, feliz.
—No sabes cuánto he esperado este momento, que todo saliera bien —susurra.
—Yo también —respondo, con la voz rota—. Pensé que… jamás te vería.
Hubo un pequeño silencio, cómodo, perfecto.
—Eso jamás. A partir de hoy no solo podrás verme a mí y todo lo que nos rodea, sino que, además, lo haremos juntas.
Y entonces la beso. No como antes, con esa incertidumbre. Sino con la certeza de quién sabe que acaba de recuperar la vista y también todo su presente y futuro.
Un futuro que, ahora sí, puedo mirar de frente.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, de nuevo, por darme la maravillosa oportunidad y leer mi libro hasta el final. La historia de Mónica y Carolina se lleva gestando desde 2023, me ha costado tanto despedirme de ellas que, por ese mismo motivo, se ha alargado tanto su publicación.
Espero que haya merecido la pena y os haya hecho disfrutar de principio a fin.

No olvides dejarme tu valoración y reseña y/o opinión a través de Amazon o mis redes sociales. Tu apoyo me ayuda a seguir mejorando y creciendo como autora.

SI TE HA GUSTADO ESTE LIBRO,
también te gustarán estos:

-Ave de Presa: https://amzn.eu/d/312pogI
-Galaxia Azul: https://amzn.eu/d/cQQYbCn
-Siempre de la mano: https://amzn.eu/d/h4MEhWl
-Todo al rojo: https://amzn.eu/d/5NjVtiY
-Todo por ti: https://amzn.eu/d/h0HdPOUv
-La vecina de enfrente: https://amzn.eu/d/8wDsstm
-Entre tinta y ronroneos: https://amzn.eu/d/8OG4Eeq